

El Pequeño Vampiro

en peligro



ANGELA SOMMER-BODENBURG



Los padres de Anton han revelado la foto de la fiesta y descubierto que Anna no aparece en ella. Con la preocupación de que los amigos de Anton puedan ser verdaderos vampiros, le llevan al médico. Mientras tanto, el guardián del cementerio, Geiermeier, y su ayudante Schnuppermaul finalmente lo han conseguido: la parte salvaje del cementerio, en la cual se encuentra el hogar de los vampiros, será reformada para convertirla en un parque. Ello significa que los vampiros deben abandonar la cripta. Una noche, mientras Anton despista a Geiermeier, empaquetan sus ataúdes y se trasladan a las ruinas del Valle de la Amargura.



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro en peligro

El pequeño vampiro -6

ePUB r1.0
Eibisi 25.08.13

Título original: *Der kleine Vampir in Gefahr*
Angela Sommer-Bodenburg, 1985
Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1989
Ilustraciones: Amelie Glienke

Editor digital: Eibisi
ePub base r1.0



Este libro es para BURGHARDT, que es capaz de afrontar cualquier peligro. Y para KATJA, que también es muy valiente y para todos aquellos que son tan temerarios como para leer historias de vampiros.

Angela Sommer-Bodenburg



A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no

saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.



Schnuppermaul es de Stuttgart y es jardinero de cementerio. Debe ayudar a Geiermeier a embellecer el cementerio y echar a los vampiros.

La foto

Cuando Antón apareció para desayunar el sábado por la mañana notó enseguida que pasaba algo malo. A primera vista todo parecía estar como siempre: la mesa puesta con los panecillos frescos, la música de la radio, y sin embargo...

Se sentó, empezó a untar un panecillo y esperó.

No tuvo que esperar demasiado; su padre carraspeó y luego dijo:

—Anton, tenemos que hablar contigo.

—¿Conmigo? —dijo Anton, y fue a servirse leche con marcada indiferencia. Pero, naturalmente, su mano tembló y tiró la mitad fuera.

—¿Es que no puedes poner atención? —preguntó indignada su madre.

Anton cogió un paño.

—Bueno... —empezó de nuevo su padre—. Se trata de esos extraños amigos tuyos.

—¿Qué amigos? —se hizo el ignorante Anton.

—¡Anna y Rüdiger!

La cara de Anton se puso ligeramente colorada..., como siempre que se hablaba de sus mejores amigos: el pequeño vampiro, Rüdiger von Schlotterstein, y su hermana Anna.

—¿Y qué pasa con ellos?

—¡Mira!

Su padre sacó del bolsillo interior de su chaqueta una funda roja alargada: una funda de fotos.

—Bueno, ¿y qué? —inquirió Anton encogiéndose de hombros.

¡Qué le importaban a él las fotos de sus padres!

—Tú mira dentro —dijo su madre con voz dura.

—Si vosotros lo decís...

Anton sacó de la funda un montón de fotos y las miró de mala gana. Las primeras fotos eran exactamente como él había esperado: aburridas vistas de casas, árboles, nubes...

Pero después... ¡Anton se quedó de piedra!

Era la foto que su padre les había hecho a Anna y a él el pasado sábado. Anton reconoció el confeti encima de la alfombra, los floreros volcados, el sofá revuelto..., lo único que no veía era a Anna. ¡No salía en la foto a pesar de que estaba junto a Anton cuando la tomaron!

Se acordaba como si lo estuviera viendo de cómo la deslumbrante luz del flash la había asustado y, pegando un grito, se había tapado la cara con las manos.

Mientras observaba atónito la foto le oyó decir a su padre:

—¡Bueno, y ahora me gustaría saber qué es lo que tienes que decir a esto!

—¿A qué? —preguntó Anton.

Su padre contestó excitado:

—Sé muy bien que os hice la foto a los dos. Entonces, ¿por qué no sale Anna en la foto?

—¿Y porqué me lo preguntas a mí? —tartamudeó Anton.

—Porque son tus amigos —exclamó su madre—. Esos... ¡vampiros!

Era la primera vez que ella no usaba la palabra «vampiro» de forma burlona y despectiva.

Ahora, de repente, sonó seria, amenazante..., como si ella creyera en vampiros.

Anton estaba demasiado confuso como para poder decir algo. Él sabía que los vampiros no se reflejan en el espejo..., pero no tenía ni idea de que tampoco se les pudiera sacar en una foto.

—Yo..., probablemente no la encuadraste correctamente a ella dentro del visor —murmuró.

—¿Que no la encuadré en el visor? —repitió su padre indignado—. ¡Tú mira bien la foto!

Anton lo hizo... y entonces descubrió algo increíble: un libro parecía estar flotando en el aire. Anton giró la foto para poder leer el título del libro. Era Romeo y Julieta, el libro que Anna había leído el sábado.

Flotaba exactamente donde debería estar la mano de Anna..., sólo que ¡no se veía la mano!

Increíble..., ¡pero Anton tenía la prueba delante de los ojos!

Notó cómo le observaban sus padres.

Algo tenía que decir... pero, ¿qué?

—El libro... —empezó—, parece como si estuviera cayendo en ese momento.

—No. —Su madre sacudió enérgicamente la cabeza—. Parece como si alguien estuviera sujetando el libro.

Con tanta sangre fría como le fue posible dijo:

—¿Cómo puede ser eso? La persona tendría que ser transparente.

—¡... o un vampiro! —completó su madre mirándole fijamente—. Los vampiros no se reflejan en los espejos, ¿no es cierto?

—Puede ser.

—Y quien no se refleja en un espejo tampoco puede ser fotografiado.

—Pensaba que tú no creías en los vampiros —observó Anton.

—Hasta ahora no; pero desde que he visto la foto...

Tras una pausa añadió:

—Esta noche papá y yo estamos invitados por la doctora Dosig ^[1]. Ya le contaremos a ella el asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó incómodo Anton.

—Tus relaciones con esos... —titubeó buscando una expresión adecuada—, con esos... ¡personajes!

A Anton le entraron escalofríos. Poco a poco las cosas parecían empezar a oler a chamusquina..., ¡para él, para el pequeño vampiro y para Anna!

Tímidamente objetó:

—¿Y eso por qué?... ¿Qué tiene que ver la doctora Dosig con eso?

—¡Déjalo de nuestra cuenta! —repuso fríamente su madre, y el padre de Anton completó:

—Mañana temprano nos volveremos a ver.

Anton apretó los labios y se calló.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Lo único que podía hacer era esperar y tener esperanza: ¡esperar a ver qué decía la doctora Dosig y tener esperanza en que aquella noche fuera a verle el pequeño vampiro!

Señales acústicas desde el más allá

Después de que sus padres se fueran Anton estuvo esperando ante la ventana abierta.

Soplaba un viento fresco y Anton cruzó los brazos tiritando. No podría estar allí mucho tiempo...

Eran poco más de las ocho y en muchas casas había luz encendida. Ahora la mayoría de la gente estaba sentada delante de la televisión. ¡Para Rüdiger un momento propicio para volar hasta allí sin que le vieran!

Anton forzó los ojos..., pero no descubrió en ningún sitio al pequeño vampiro. Tenía ya tanto frío que estaba temblando.

Fue a su armario y se puso un grueso jersey de lana.

Cuando regresó vio una sombra en el ángulo exterior de la ventana... y luego resonó una carcajada ronca.

¡Así sólo se reía uno!

—¡Rüdiger! —exclamó alegre Anton.

—Buenas noches, Anton —contestó el pequeño vampiro colándose en la habitación.

Miró hacia la puerta y preguntó desconfiado:

—¿Están tus padres?

—No. Se han marchado.

—¿Al cine?

—No.

—¿Al teatro?

Anton sacudió negativamente la cabeza.

—Ah, ya... ¡A bailar! —dijo el vampiro con una irónica sonrisa de experto.

—Ojalá —dijo sombrío Anton.

—¿Y eso por qué? ¿Dónde están entonces? —preguntó el vampiro ya escamado.

Anton suspiró.

—En casa de la doctora Dosig. Han ido a hablar de vampiros.

—¿Qué? —gritó el pequeño vampiro.

—Sí. La maldita foto tiene la culpa.

—¿Qué foto?

—La que nos hizo el sábado pasado mi padre a Anna y a mí. Anna no sale en la foto..., sólo el libro que tenía en la mano.

—¡Maldita sea! ¡Ella tenía que haberlo sabido! —dijo el vampiro silbando bajo entre los dientes—. Nuestros padres nos recomendaron encarecidamente que no dejáramos que nos fotografieran.

—Anna tampoco quería —la defendió Anton—. Pero mi padre disparó sin más ni más.

—¿No sería con flash?

Anton asintió.

—¡Vaya! —exclamó el vampiro caminando a grandes pasos por la habitación de aquí para

allá. Su cara parecía tensa y muy preocupada.

—Ahora comprendo de dónde viene la misteriosa enfermedad de Anna.

—¿Anna está enferma? —preguntó desconcertado Anton.

El vampiro le echó una mirada sombría.

—Está en el ataúd desde hace una semana. Tiene terribles dolores de cabeza y cuando se pone de pie le dan mareos. Y no puede mirar como es debido...; se le desvanece todo delante de los ojos.

Consternado, Anton se tapó la boca con la mano. Anna se encontraba mal por culpa de él... ¿Sólo porque el sábado anterior ella quiso quedarse con él cuando volvieron sus padres de improviso!

—¿No se la puede ayudar? —preguntó.

El vampiro se encogió, desvalido, de hombros.

—¿Y cómo?

Se hizo una pausa.

—¿Te has traído la segunda capa? —preguntó luego Anton.

El vampiro asintió y sacó una agujereada capa de vampiro de debajo de la suya.

—Toma. Pensaba que aún podíamos hacer alguna cosa.

—No, gracias —dijo Anton—. Prefiero ir a ver a Anna. Quizá pueda hacer algo por ella.

—¿Tú? —dijo el vampiro mirando con una sonrisa irónica el cuello de Anton y pasándose al mismo tiempo lentamente la punta de la lengua por sus afilados colmillos—. Sí, ¿por qué no?

Anton se subió apresuradamente el cuello de su jersey.

—No quería decir eso —dijo—. Además: Anna bebe todavía leche, ¿no?

—Sólo en casos de necesidad —respondió el vampiro con voz ronca.

—Y éste es un caso de necesidad —declaró decididamente Anton.

Se puso de pie y fue a la cocina.



En la nevera encontró una caja de leche abierta y otra entera. Anton cogió la que estaba entera, la metió en una bolsa de plástico y volvió a donde estaba Rüdiger.

El vampiro permanecía sentado en la cama de Anton hojeando un libro. Era *Señales acústicas*

desde el más allá, que Anton se había comprado hacía un par de días y estaba leyendo por las noches antes de dormirse.

—¿Está bien? ¿Me lo puedo llevar? —preguntó el vampiro haciendo ya intención de guardarse el libro debajo de su capa.

Anton sabía por experiencia que era bastante dudoso que volviera a recuperar el libro. Por eso dijo alargando las palabras:

—¿Emocionante? No, más bien pesado y aburrido.

—¿Pesado? ¿Aburrido? —graznó el vampiro arrojando el libro con repugnancia.

Dio un golpe contra el ropero y cayó sobre la alfombra.

—¡Tenían que prohibir los libros aburridos!

—Sí... —dijo Anton agachándose rápidamente a recoger el libro para que el pequeño vampiro no pudiera ver su cara de satisfacción.

—¿Y por qué lees tú estos libros? —investigó el vampiro.

—¿Por qué? —repitió Anton dejando nuevamente en el armario con sumo cuidado el libro, que tan sólo había sufrido un pequeño hundimiento. Entretanto pensó qué era lo que iba a contestar.

—Porque quiero hacer algo por mi educación —dijo después, y con un tono de maestro superior de primera enseñanza añadió—: No todos los libros tienen que ser emocionantes.

—¡Bah, educación! —bufó despectivamente el vampiro.

Se levantó de la cama de un salto y empezó a sacudir sus delgados brazos y piernas como si se le hubieran dormido.

—¿Nos vamos ya de una vez? —gruñó.

—Por mí... —dijo Anton poniéndose la capa de vampiro.

—¿Y esa bolsa? —preguntó el pequeño vampiro señalando con una inclinación de cabeza la bolsa de plástico.

—Dentro hay leche. Para Anna.

—¿Y cómo vas a volar con eso?

—¿Volar?

¡Anton no había pensado en absoluto en eso!

—¿Lo ves? Si no me tuvieras a mí... —dijo el vampiro con voz suave—. Sin mí te hubieras estrellado.

Anton miró angustiado el abismo que había a sus pies.

—Pero puedes darme a mí la bolsa —dijo con arrogancia el vampiro.

Cogió la bolsa y se elevó hacia el exterior en la noche.

Anton se quedó sentado en el alféizar de la ventana y vio cómo el pequeño vampiro intentaba sin éxito mantener el equilibrio. Después de unas cuantas sacudidas de los brazos tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en el castaño.

—¡Fanfarrón! —se rió entre dientes Anton.

Extendió los brazos por debajo de la capa y salió volando tras él.

Sed

Justo en el momento que llegó al árbol el vampiro estaba abriendo la caja de leche con sus enjutos dedos.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —exclamó indignado Anton.

—Tengo sed —contestó el vampiro con voz sepulcral—; sólo por eso he aterrizado aquí, en el árbol.

—¡Pero la leche es para Anna!

Sin prestar atención a la objeción de Anton el vampiro se llevó la caja a la boca. Pero sólo tomó un pequeño sorbo; luego arrojó la caja de leche con un ronco «¡bah!».

Anton vio cómo chocaba abajo contra el césped y reventaba.

—¡Eso es una canallada! —dijo colérico—. Sabías perfectamente que a ti no te gusta la leche.

—Ah, ¿sí? —dijo hipócritamente el vampiro—. ¿Y entonces por qué la iba a haber abierto?

—¿Por qué? Porque necesitabas un pretexto para deshacerte de ella. ¡Tú lo que no querías era admitir que no te has estrellado por un pelo!

Por la reacción del vampiro Anton se dio cuenta de que con su observación había dado en el clavo: una tímida sonrisa irónica se deslizó hasta su rostro.



Pero inmediatamente después ya se había dominado y gruñó:

—Estupideces. Solamente tenía sed, eso es todo. —Y con la vista dirigida al cuello de Anton añadió—: ¿O es que hoy me dejas que te...?

—¡Naturalmente que no! —dijo con rapidez Anton notando cómo se le ponían los pelos de punta bajo la acechante mirada del vampiro.

—¿De verdad que no? —El vampiro se arrimó—. ¿Ni siquiera un poquito?

—¡No! —Anton se apartó de él—. Y ahora basta ya..., ¡al fin y al cabo somos amigos!

En aquel momento percibieron un ruido debajo del árbol: escarbaban y chasqueaban la lengua, y luego una voz de mujer exclamó:

—Susi, ¿dónde estás?

—¡La señora Puvogel! —le susurró Anton al pequeño vampiro.

Con la correa del perro en la mano la señora Puvogel estaba en medio del camino buscando con la vista a su perro-salchicha.

—¡Susita! ¡Ven con la amita, ey, ey! —la llamó la señora Puvogel, pero Susi no pensaba en volver. Sorbía la leche que se había derramado... y además haciendo tanto ruido que hasta la señora Puvogel lo oyó.

—¿Susi? ¿Estás ahí debajo del árbol?

Ahora su voz ya no sonó tan amable.

—¡Susi! Un perro como es debido no revuelve en la basura.

Pero aquello tampoco perturbó a Susi. Siguió sorbiendo, chasqueando la lengua.

—¡Ven aquí!

Susi levantó la cabeza, se relamió... y la emprendió de nuevo con la leche.

—¡Espera, que ya verás si vienes o no!

La señora Puvogel se acercó al árbol resoplando como una locomotora, agitando amenazadora la correa.

Aquello hizo efecto: Susi ladró un par de veces... y luego salió corriendo hacia los matorrales del parque.

—¡Perra de mierda, maldita! —insultó la señora Puvogel echando a correr pesadamente detrás de su perro-salchicha.

—¡Puf! —dijo el vampiro cuando ella desapareció—. No me gustaría ser perro con ella.

—Eso también lo dicen siempre mis padres —dijo Anton reprimiendo la risa.

—Tus padres... —Al vampiro de repente parecía habersele ocurrido algo importante—. ¿No habías dicho tú antes que iban a ir a hablar con una tal señora... ¿Cómo se llamaba? ...Doserich sobre vampiros?

—Doctora Dosig —corrigió Anton.

—¿Y ésa quién es?

—Nuestra médico de cabecera.

—¿Y por qué quieren hablar precisamente de vampiros?

—La estúpida foto les ha hecho desconfiar.

—¿Esa en la que no sale Anna?

—Sí; antes no creían en vampiros, pero desde lo de la foto...

—Y esa señora Doserich, ¿cree en vampiros?

—Ni idea.

—Hummm. —El vampiro se mordisqueó ensimismado el labio inferior—. ¿Sabes dónde vive?

—Sí. —Anton le señaló una casa que había al final de la colonia—. Ahí detrás.

—¿Por qué no vamos volando hasta allí? —preguntó el pequeño vampiro.

—¿Ir volando hasta allí? —repitió Anton—. ¿No pensarás llamar al timbre de su casa?

—No. —El vampiro se rió con voz ronca—. Pero sí mirar por la ventana. Quizá podamos oír de qué están hablando.

—¡Estupenda idea! —dijo Anton elogiándole—. Eso a mí nunca se me hubiera ocurrido.

—¡Pero a mí sí! —replicó el vampiro riéndose maliciosamente.

Espías en el balcón

La casa de la doctora Dosig era más pequeña que las otras casas de la colonia y estaba algo apartada.

Sólo tenía dos pisos: el piso bajo, en el que estaba la consulta, y el primer piso, en donde estaba la vivienda.

En la consulta ya había estado Anton a menudo, pero en la vivienda nunca.

Por eso sólo podía intuir dónde se encontraba la sala de estar: detrás de la gran ventana de las flores. Por la puerta del balcón, ligeramente abierta, salían voces amortiguadas.

—¿Son tus padres? —preguntó el vampiro.

—Sí, seguro —asintió Anton.

—Estupendo —dijo complacido el vampiro aterrizando en el balcón.

Anton le siguió vacilando. Por suerte al lado de la puerta del balcón había un hueco en el que podían esconderse. De todas formas, era tan estrecho que tenían que estar los dos muy pegados el uno al otro..., ¡algo no precisamente muy agradable para Anton!

El olor a moho que despedía Rüdiger casi le cortaba la respiración. El corazón se le salía por la boca y no sabía a quién debía temer más, si a sus padres y la doctora Dosig..., o al pequeño vampiro, que de cerca parecía de repente mucho más peligroso. Y ahora encima sonreía irónicamente y mostraba sus inmaculados dientes de depredador.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—¿Miedo? ¿Cómo puedes pensar eso? —se defendió Anton.

—No, sólo creía que... Debo haberme equivocado.

—... desgraciadamente este año no hemos podido ir de vacaciones —oyeron decir a una voz de hombre. Ese debía de ser el señor Dosig.

—¡Aquí hay algo que palpita! —observó enigmático el vampiro—. ¿No será quizá tu corazón?

—¿Mi corazón? —Anton se puso colorado—. No. Eso es el detector de vampiros que ha instalado la señora Dosig en su sala de estar.

La sonrisa de seguridad en sí mismo del vampiro desapareció.

—¿Detector de vampiros? —preguntó nervioso.

—¡Chiss...! —exclamó Anton poniéndose un dedo delante de la boca—. No tan alto, si no, sonará la alarma del aparato.

—El verano que viene nos queremos ir como sea a Túnez —dijo una voz de mujer que Anton conocía: la de la doctora Dosig—. Eso garantizado que son unas buenas vacaciones.

—Marruecos también es bonito.

Aquella era la voz de la madre de Anton.

—¿Más bonito aún que Pequeño-Ol-denbüttel? —gruñó Anton..., acordándose del fracaso de sus vacaciones en la granja.

—¡No me lo recuerdes! —suspiró en voz baja el vampiro. ¡Aquellas vacaciones en Pequeño-Oldenbüttel a punto habían estado de costarle la vida!

—El año que viene iremos al Mar del Norte —añadió la madre de Anton—. Sobre todo por

Anton.

Anton escuchó atentamente. ¡Aquello parecía ponerse interesante!

—Sí, el aire del Mar del Norte es muy sano —aprobó la señora Dosig—. Especialmente cuando se constipa uno a menudo.

—Anton realmente se constipa raras veces.

Aquella era la voz de su padre.

—Pero hay otra cosa que nos preocupa..., humm, ¿cómo lo diría yo?

Titubeó. Probablemente temía hacer el ridículo si empezaba a hablar de vampiros.

—Anton tiene unos amigos tan extraños... —salió en su ayuda la madre de Anton—. Están completamente pálidos, siempre llevan capas negras... Sí, y nunca les hemos visto a la luz del día.

—¡Grrrr! —hizo en voz baja el pequeño vampiro.



La doctora Dosig se rió.

—¡Típicos niños de ciudad!

—No diría yo eso —observó el padre de Anton y carraspeó—. Creemos que..., ¡podrían ser vampiros!

Se hizo una pausa. Anton oyó cómo Rüdiger a su lado inspiraba y espiraba con un silbido.

Luego la doctora Dosig dijo:

—¿Vampiros? —Su voz sonó más bien divertida—. Pero eso es una superstición completamente trasnochada.

—Eso también creíamos nosotros hasta ahora —dijo la madre de Anton—. ¡Pero véalo usted

misma!

—Ahora le enseñará la foto —le susurró Anton al pequeño vampiro.

—¡No veo nada de particular! —declaró la doctora Dosig.

—¡El libro! —la ayudó la madre de Anton.

—¡Es cierto! Parece estar flotando en el aire. Qué raro...

—Pero no está flotando en el aire —dijo el padre de Anton—. Lo tiene en la mano una niña pequeña.

—¿Y dónde está la niña?

—Eso es exactamente lo que nos preguntamos también nosotros —dijo el padre—. Yo lo único que sé es que ella estaba junto a Anton cuando hice la foto... y ella tenía el libro en la mano.

—Muy extraño, realmente...

La doctora Dosig —estimó Anton— parecía ahora bastante confundida.

—Pero alguna explicación racional tiene que haber.

Aquella era la voz del señor Dosig.

—¿Qué? ¿Acaso eso quiere decir que los vampiros somos irracionales? —gruñó el pequeño vampiro.

—Quizá haya ocurrido al revelar la foto —dijo la doctora Dosig.

—No —dijo el padre de Anton—. Eso ya lo hemos comprobado nosotros. En el negativo tampoco está.

—¿Y qué tiene que ver Anton con eso? —quiso saber la doctora Dosig.

El padre de Anton vaciló.

—Suponiendo que esos amigos de él sean realmente vampiros..., entonces tenemos que temer también que a Anton le hayan...

No siguió hablando..., dando por supuesto que la doctora Dosig ya le había entendido. Pero al parecer era lenta de entendederas.

—¿Qué es lo que han..., a Anton? —preguntó—. No comprendo.

Anton se rió entre dientes en voz baja.

—La doctora Dosig se lo está poniendo bastante difícil.

—Bueno, pues... —empezó a decir la madre de Anton.

Se notaba por su voz que se sentía muy incómoda.

—Pensamos que quizá le hayan... chupado sangre.

—¿Chupado sangre? —repitió incrédula la doctora Dosig—. Pero...

Luego se rió.

—No, eso sería una locura.

—Eso también lo hubiéramos dicho nosotros hace dos días —declaró el padre de Anton—. Pero esta foto nos ha vuelto desconfiados. Ahora nos preguntamos si no hemos sido en el pasado excesivamente indolentes.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Los amigos de Anton... no nos gustaron desde el principio.

—¡El gusto es mío! —gruñó el vampiro.

—... y ese tema de los vampiros que a Anton tanto le gusta. Nunca lo tomamos en serio. Probablemente hubiéramos debido pensar más en ello.

—¿Y ustedes creen realmente que existen los vampiros?

—Sea como sea estamos preocupados por Anton —contestó la madre eludiendo la pregunta.

—Lo comprendo —dijo la doctora Dosig.

Tras un breve silencio dijo:

—Podría hacerle un cuadro sanguíneo.

—¿Qué? —saltó Anton.

El pequeño vampiro le tapó enseguida la boca con su huesuda mano.

—¡Idiota! —siseó.

—Un cuadro sanguíneo; es una buena idea —afirmó la madre de Anton.

—¡Pero yo no quiero que me saquen sangre! —dijo Anton haciendo rechinar los dientes.

—¿No? —sonrió irónicamente el vampiro—. ¿Tampoco si lo hago yo?

—¡Eh, déjame!

Anton intentó apartar de sí al vampiro.

—¿Es que ya no te gusta? —preguntó el pequeño vampiro acercándose al cuello de Anton.

—¡Que grito! —amenazó Anton.

—Aguafiestas.

El vampiro se apartó con gesto ofendido.

—¿Y cuándo tenemos que venir a la extracción de sangre?

Aquella era la voz de la madre de Anton.

—Sobre todo tenemos —dijo furioso Anton.

Oyó cómo la doctora Dosig contestaba que el lunes a las siete y media.

Luego continuó en tono de cháchara:

—¡O sea, que el año que viene quieren ustedes ir al Mar del Norte! ¿Han elegido ya un lugar concreto?

—No —dijo el padre de Anton—. ¿Puede usted recomendarnos alguno?

—... etcétera, etcétera, etcétera... —graznó el vampiro—. Ya es demasiado para mí.

¡Vamonos volando!

—¿A ver a Anna? —preguntó alegre Anton.

—Si no queda otro remedio...

Con el mayor sigilo se subieron a la barandilla del balcón y sin que nadie los viera echaron a volar.

Voces en la noche

Poco antes de que alcanzaran el viejo muro del cementerio el pequeño vampiro dijo de repente:

—Me lo he pensado mejor... ¡Yo no voy!

—¿Qué? —gritó Anton—. ¿Es que me vas a dejar en la estacada?

—Dejarte en la estacada... ¡Ya estás exagerando otra vez! —dijo desabrido el vampiro—. Lo único que pasa es que no quiero ir de carabina.

—Sabes muy bien que hasta ahora yo nunca he estado solo en la cripta —exclamó Anton.

—Alguna vez tiene que ser la primera —repuso el vampiro marchándose de allí.

—¡Traidor! —gritó colérico Anton, y aterrizó sobre la alta hierba de detrás del muro del cementerio.

Con un escalofrío levantó la vista hacia el alto abeto bajo el cual se encontraba el agujero de entrada a la cripta. ¿Iba realmente a atreverse a correr la losa y dejarse deslizar hasta dentro?

Pensó en Anna. ¡Qué sola tenía que estar allí abajo, abandonada por todos los vampiros, que sólo se preocupaban de sus necesidades!... Igual que Rüdiger. ¿Acaso habrían empeorado los dolores de cabeza y los trastornos de la vista de Anna?

Anton sintió un pinchazo ante esta idea. Le gustaría tanto decirle lo mucho que sentía aquello...

¡Si no fuera tan peligroso!

El cementerio estaba lleno de extraños e inquietantes ruidos, y Anton no poseía la aguda vista de los vampiros, ni sus sensibles oídos, ni estaba tan familiarizado con las voces de la noche.

Oyó chasquidos, murmullos, crujidos, susurros... y no sabía quién o qué producía aquellos ruidos.

Y en caso de que llegara sano y salvo abajo..., ¿conseguiría volver a subir? Solo seguro que no, y posiblemente Anna estaba demasiado débil para ayudarle.

Mientras aún estaba allí indeciso llegaron de repente voces hasta sus oídos.

Anton tuvo la sensación de que se quedaba petrificado. Sólo había dos posibilidades: o eran vampiros..., o Geiermeier, el guardián del cementerio, y su ayudante Schnuppermaul.

Su primera idea fue salir corriendo. Pero luego se dijo que con eso lo único que haría sería llamar la atención. Y en caso de que fueran vampiros no les costaría ningún trabajo alcanzarle.

Lleno de miedo miró a su alrededor y para gran alivio suyo encontró un árbol caído. Corrió rápidamente hacia él y se escondió entre el ramaje.

Había sido el momento justo para esconderse, pues Anton vio cómo se acercaban dos figuras. Su corazón latía como loco.

En aquel momento asomó la luna de entre las nubes y Anton reconoció que se trataba de Geiermeier y Schnuppermaul. Vestían unas batas de trabajo de color gris de cuyos bolsillos asomaban largas y afiladas estacas.



Anton notó cómo se le ponía la carne de gallina.

«¡No hay ni que rechistar!», pensó echándose la capa por encima de la cabeza como si fuera una capucha.

—¡No hay nadie! ¡Hemos vuelto a llegar demasiado tarde! —oyó decir a la voz ronca de Geiermeier.

Schnuppermaul dejó caer la estaca. Su voz sonó aliviada cuando dijo:

—¡Entonces deben haberse marchado ya volando!

—Y todo por tu culpa —gruñó Geiermeier—. ¡Tenías que tirarte tanto tiempo metido en la bañera!

—Es que estaba muy sucio —se defendió Schnuppermaul—. Llevo todo el día revolviendo en la negra tierra del cementerio y tenía que asearme primero.

—¡Bah, asearte! —gruñó Geiermeier—. Estoy empezando a hartarme de tu manía de la limpieza. Un jardinero de cementerio que se asusta de tener un poco de porquería entre las uñas debería cambiar de profesión.

—¿Cómo? —exclamó sobresaltado Schnuppermaul—. ¿Quiere eso decir que no quieres tenerme más contigo?

—No, naturalmente que no —dijo Geiermeier tranquilizándole—. Ya sabes todo lo que tenemos que hacer durante las próximas semanas. —Con un deje de ensueño añadió—: Muy pronto habremos convertido esta selva en un magnífico jardín, y entonces...

Hizo una pausa antes de proseguir elevando la voz:

—¡Y entonces acabaremos de una vez por todas con esa chusma de los vampiros, con esa banda de chupasangres!

—Cla... claro que sí —tartamudeó Schnuppermaul subyugado por la efusión del guardián del cementerio—. Naturalmente.

—¡Vamonos! —ordenó Geiermeier, y Anton vio cómo se daban la vuelta.

Sólo entonces se atrevió a respirar profundamente. Le daba vueltas la cabeza.

¿Qué era lo que había dicho Geiermeier?... «Convertir el cementerio en un jardín» y «acabar

con la chusma de los vampiros»... ¿Era aquello solamente un deseo?... ¿O era ya un plan establecido?

Anton no lo sabía. Pero una cosa sí tenía muy clara: ¡había que prevenir a los vampiros!
Y eso sólo lo podía hacer una persona: ¡él mismo!

Visita a un enfermo

Anton reunió todo su valor y fue hasta el agujero de entrada atravesando la alta hierba.

Allí echó a un lado la losa cubierta de musgo, miró tras de sí nuevamente con precaución... y como no observó nada sospechoso se deslizó con los pies por delante en el interior del estrecho pozo negro. Apenas hubo llegado abajo oyó una clara voz que exclamaba:

—¿Quién hay ahí?

¡Aquella era la voz de Anna!

—¡Soy yo, Anton! —exclamó volviendo a correr la losa por encima del agujero.

—¿Anton?

La voz de Anna sonó sorprendida.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hacerte una visita —contestó bajando las escaleras de la cripta corriendo.

Al resplandor de una vela ya medio gastada que había en la pared vio a Anna echada en su ataúd. Su pequeño y pálido rostro se había afilado y casi parecía transparente.

—¡Anna!

Fue hacia ella alegre y excitado.

—Yo..., estoy enferma —dijo previniéndole y bajando la mirada.

Anton tomó su pequeña y fría mano y se la estrechó.

—¿No te encuentras ahora ya un poco mejor?

—Un poco —murmuró ella, pero no sonó muy convincente.

—Quería decirte que... que lo siento mucho.

¡Qué difícil era decir algo así! Anton tosió apocado.

Con una débil sonrisa Anna dirigió sus ojos hacia él.

—Gracias —dijo en voz baja, y Anton vio que tenía los ojos hinchados e inflamados.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? —preguntó compadecido.

—¿Ayudarme? No sé..., sí, quizá...

—¿Cómo?

—Hay unas gotas... Se lo oí contar una vez a tía Dorothee.

—¿Gotas para los ojos?

—Tía Dorothee las llamó lágrimas del diablo.

—¿Y te ayudarían?

—Sí. Pero no sé dónde las hay.

—¿No se lo puedes preguntar a tía Dorothee?

—No. —Ella sacudió con decisión la cabeza—. Entonces se descubriría todo. Ya sabes que a nosotros los vampiros no se nos permite tener contactos amistosos con los seres humanos.

—Es verdad —dijo Anton.

¡El pequeño vampiro había tenido incluso una vez prohibición de cripta por eso!

—Quizá se consigan las gotas en el médico —dijo él.

—¿Tú crees? —dijo ella dudándolo.

—¡Sí!, ¿por qué no?

Cuanto más pensaba en ello, mejor le parecía la idea.

—¿No has oído hablar nunca de la avalancha de medicamentos?

—¿De qué?

—Hoy hay un remedio adecuado para cada enfermedad. ¿Por qué no va a poder conseguirse entonces lágrimas del diablo?

Un rayo de esperanza se reflejó en la cara de Anna.

—Si eso pudiera ser...

—¿Y los demás no se preocupan en absoluto de ti?

Anton pasó su mirada por toda la cripta. Las tapas de los ataúdes, en desorden y echadas a un lado, demostraban que los demás vampiros se habían marchado apresuradamente. Sólo había un ataúd cerrado: el de tío Theodor. ¡Pero tío Theodor hacía ya mucho tiempo que no estaba entre los..., ejem..., vivos!

Anna se encogió de hombros.

—Nosotros somos así.

—Y encima Rüdiger ha tirado la caja de leche que yo te iba a traer —dijo quejándose Anton.

—Yo ya no bebo leche —contestó dulcemente Anna.

—¿Absolutamente nada?

—Ni una gota.

Anton sintió un escalofrío. Anna había sido la única que al menos de vez en cuando aún se alimentaba de leche.

—Pero preferiría morirme de sed antes que hacerte a ti... —dijo poniéndose colorada.

—Yo..., eh..., tengo que decirte algo —desvió la atención apresuradamente Anton.

—¿Sí? —preguntó ella en actitud expectante.

—Geiermeier y Schnuppermaul...; he oído cómo conversaban sobre vuestro cementerio. ¡Quieren convertirlo en un jardín!

Anna soltó un grito ahogado.

—¿Eso han dicho? ¿No habrás oído mal?

—No.

—¡Entonces tendrá que reunirse nuestro Consejo de Familia! —declaró respirando violentamente—. Y tenía que ser precisamente ahora que tengo lo de los ojos... Pero tú me conseguirás las lágrimas del diablo, ¿verdad?

Miró implorante a Anton. El se acaloró.

—¡Sí!

—¿Ahora mismo? —preguntó ella urgiéndole.

Anton la miró sorprendido. «Pero hoy es sábado», iba a responder; pero luego lo pensó mejor y dijo:

—Bien, si tú quieres...

—¡Naturalmente que quiero! —exclamó ella—. Quizá mi vida de vampiro dependa de esas lágrimas del diablo.

—Entonces me voy ya —murmuró Anton avergonzándose un poco de haberla hecho concebir falsas esperanzas; pues él sólo podía intentar conseguir las gotas como muy pronto el lunes por la mañana en casa de la doctora Dosig. Pero así, al menos, salía rápidamente de la cripta..., ¡antes de que regresara alguno de los demás vampiros! Sólo tenía que ayudarle Anna a trepar...

—¿Por qué no te vas? —preguntó ella al quedarse parado él junto a su ataúd.

Apocado dijo:

—Yo..., yo solo no puedo.

—¿El qué?

—Tregar por el pozo.

—¡Ah, bueno! Pues entonces utiliza la salida de emergencia.

—¿Y dónde está?

Anna se rió en voz baja y señaló el ataúd de tío Theodor.

—Ahí dentro. Tienes que abrir la tapa.

—¿Y luego?

—Ya lo verás.

Anton se acercó de mala gana al gran ataúd negro. ¡La artísticamente grabada «T», enmarcada por dos cuerpos de serpientes, no era precisamente muy seductora! Pero se sobrepuso y tiró con todas sus fuerzas de las dos asas doradas.

Al principio no ocurrió absolutamente nada, luego hubo una sacudida y la pesada tapa se corrió hacia un lado.

—Bueno, ¿qué? —exclamó expectante Anna—. ¿Ves la salida de emergencia?

—No. Todo está negro como el carbón.

—Entonces coge la vela de la pared.

—¿La vela?

Anton se dio la vuelta vacilando. No estaba demasiado seguro de si realmente quería ver con tanta precisión el interior del ataúd.

—Sí. De todas formas necesitas la luz si vas por la salida de emergencia. Ahí dentro está oscurísimo, por lo menos para vosotros los seres humanos.

—¿No necesitas tú la vela? —preguntó Anton todavía indeciso.

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

—No. Ya no puedo leer.

Anton cogió la vela y, muy preocupado, iluminó el interior del ataúd de tío Theodor.

Al principio sólo vio grandes y gruesos copos de polvo y un par de arañas muertas. Cuando llegó a la cabecera del ataúd descubrió un pasadizo que se introducía en diagonal en la tierra. No le pareció demasiado tentador.

—Yo..., no sé —murmuró.

—No tienes que tener ningún miedo de que se hunda —le tranquilizó Anna.

—No lo tengo. Pero podría venirme de frente alguien. Tía Dorothee, por ejemplo.

—No. Está estrictamente prohibido utilizarlo como entrada.

—¿De veras? —dijo Anton ahora ya más confiado.

—Sí —resonó la voz de ella desde la oscuridad de la cripta.

Después de una pausa ella añadió:

—Y además, me parece importante que conozcas nuestra salida de emergencia ahora que se está poniendo difícil la cosa con Geiermeier y Schnuppermaul.

—Eso es verdad —asintió Anton—. Bueno, pues... me voy.

—Mucha suerte —dijo ella en voz baja—. ¡Y no te olvides de las lágrimas del diablo!

Anton se metió en el ataúd, cerró la tapa y se introdujo en el pasadizo.



La salida de emergencia

Avanzaba con suma cautela para que no se le apagara la vela. Su pequeña y débil luz temblaba y oscilaba..., pero no se apagó.

Esto infundió ánimos a Anton y miró con curiosidad a su alrededor.

Las paredes estaban cuidadosamente alisadas. En algunos sitios alguien había grabado cosas. Anton descubrió una gran «L», luego una boca de la que asomaban dientes de vampiro y, por último, un corazón en el que ponía «A + A». ¡Seguro que el corazón era obra de Anna! Y Anton también podía imaginarse a quiénes se referían las dos «A». Con la uña escribió detrás un grueso signo de interrogación.

El pasadizo se hizo entonces más angosto. El final ya no podía estar muy lejos; de eso se dio cuenta Anton por el aumento de la corriente de aire, que hacía temblar cada vez más la pequeña luz de la vela.

De repente se apagó y Anton se quedó completamente a oscuras. Pero sólo durante un momento..., hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

Entonces vio delante un mortecino resplandor que parecía salir por una hendidura. Según avanzaba vio que había una piedra delante de la salida, por cuyos lados entraba un poco de luz.

Tenía que ser una placa mortuoria del cementerio. Al tacto era fría como el mármol y tan pesada que Anton sólo la pudo correr a un lado centímetro a centímetro.

Finalmente lo consiguió. Se deslizó por el hueco... y pegó un fuerte grito: delante de él se abría un abismo, un agujero negro lleno de agua.

Vio paredes muradas y cubiertas de musgo y una estrecha escalera de mano que conducía hacia arriba. Y entonces supo de pronto dónde se encontraba: ¡en un viejo pozo!

Temeroso escudriñó con la vista hacia abajo, hacia el agua, que hacía glu-glu y en la que se reflejaba la luna: si se hubiera caído allí dentro...

Pero quizá no era tan profundo. Encontró un guijarro y lo dejó caer pesadamente en el agua. Inmediatamente se oyó un clac.

Anton respiró aliviado: según eso el agua apenas si podía llegar a la altura de las rodillas. Pensó que realmente podía habérselo imaginado. ¡Anna nunca permitiría que el encontrara su perdición sin saberlo!

Sacudió la escalera de mano. Era de hierro, bastante oxidada ya pero todavía firmemente sujeta a la pared.

Anton se aupó y luego subió lentamente hacia arriba escalón a escalón.

No miró hacia atrás ni una sola vez..., por miedo a que le diera vértigo y se precipitara al vacío. Una vez había leído que a un hombre le había pasado eso.

Cuando hubo alcanzado el borde del pozo suspiró profundamente.

A tan sólo un par de pasos de distancia vio la vieja capilla. A Geiermeier le gustaba ocuparse a menudo de aquella capilla y Anton supuso que era allí donde guardaba sus herramientas para luchar contra los vampiros: sus estacas, su martillo y sus provisiones de ajo. ¡Brrrr! ¡Para Anton lo mejor era esfumarse antes de que pudiera aparecer por allí Geiermeier! Extendió los brazos por

debajo de la capa y echó a volar.

En casa comprobó con alivio que sus padres aún no habían regresado de la visita a la familia Dosig.

Luego se dejó caer en la cama, volvió la cabeza hacia la pared... y un instante después ya estaba durmiendo.

No del todo mentira

Domingo por la mañana... Anton se despertó y parpadeó. Tenía la sensación de venir de muy lejos. Como entre niebla vio que alguien estaba de pie junto a su cama: su madre.

Volvió a cerrar los ojos y gruñó:

—¿Por qué me despiertas tan temprano?

—¿Temprano?

Ella se rió burlonamente.

—En otras familias hace ya tiempo que están comiendo.

—¿Qué hora es entonces?

—Las doce y media.

Anton se sobresaltó muchísimo. Las doce y media: ¡aquello era su récord hasta ahora!

—¿Qué es lo que pasó aquí anoche?

La voz de su madre sonó cortante.

—¿Aquí? ¿Por qué?

—Estuviste fuera, ¿verdad?

Anton se rascó la cabeza.

—Hummm,... sí.

Realmente ignoraba cómo se había enterado ella, pero era evidente que mentir no tenía ningún sentido.

—Quería respirar aire puro.

—¡Respirar aire puro..., ya, ya! —repitió ella airada—. Eso es completamente nuevo.

—Me dolía la cabeza.

—¿Quieres que te diga lo que yo creo?

Al mirarle los ojos de ella echaban chispas. Anton se sentó completamente desfallecido.

—Yo creo que ibas a reunirte con tus amigos.

—¿Con qué amigos?

—Con esos... ¡vampiros! ¿Por qué otra razón, si no, ibas tú a andar vagando en la oscuridad?

Anton no sabía qué tenía que contestar a aquello. Por hacer algo siguió rascándose.

—¡Deja ya de una vez de rascarte la cabeza! —exclamó indignada su madre—. ¡Más vale que me cuentes qué has hecho para ensuciarte de tal manera los zapatos y embadurnarte los pantalones de barro!

Cogió los zapatos de Anton, que estaban delante de la ventana, y los pantalones, tirados en el suelo, y los balanceó de un lado a otro delante de él.

Con espanto Anton comprobó que tenían la misma pinta que si se hubiera rebozado en el fango.

—Yo... —empezó a decir, y se atascó.

—¿Sí? —preguntó ella.

Bajo su inquisitiva mirada Anton se puso primero colorado y luego pálido; hasta que de repente se le ocurrió la idea salvadora..., una excusa que no era del todo mentira:

—He estado entrenándome... para la fiesta deportiva.

—¿Fiesta deportiva?

Ella le miró fijamente, sorprendida y desconcertada.

—¡Sí! El viernes tenemos la fiesta deportiva y yo tenía que prepararme.

—¿Precisamente el sábado cuando ya era de noche?

—Bah —dijo con ligereza—, es que el programa de la televisión era tan aburrido...

Luego aún se acordó de otra cosa más:

—Y el litro de leche también me lo bebí para la fiesta deportiva..., para ganarme un diploma.

Vosotros queréis que gane un diploma, ¿no?

Su madre le lanzó una mirada colérica. Sin duda intuía que Anton no le había contado toda la verdad. Pero, naturalmente, eso ella no lo podía demostrar.

—Tienes el desayuno en la cocina —dijo ella, completando irónicamente—: ¡deportista!

—Enseguida voy —sonrió Anton—; tengo que ponerme fuerte..., ¡para el viernes!

En realidad no podía soportar las fiestas deportivas: correr tontamente por todo el barrio, saltar a un hoyo lleno de arena y tirar por el aire un balón de goma lleno de arena...: aquello no era de su agrado. ¡Lo único bueno era que ese día no había clase!

La receta

Sea como sea, Anton también tuvo libre el lunes. Allí estaba, de mal humor y sin nada en el estómago, en el laboratorio de la doctora Dosig mirando cómo la asistente le extraía sangre. Lo hizo con mucha habilidad y apenas le dolió.

—¿Qué hacen ustedes realmente con la sangre? —quiso saber Anton.

—La analizamos —respondió ella.

—¿Y después?

—Se tira.

—¡Qué pena!

—¿Pena?

Levantó la cabeza y examinó a Anton medio sorprendida, medio divertida.

—¿Sabes entonces un uso mejor?

—¿Yo? —sonrió irónicamente Anton—. ¿Por qué yo?

La asistente le quitó la aguja del brazo y eso le dolió.

—¡Ay! —gritó Anton.

—¿Te he hecho daño? —preguntó ella.

—Bah, estoy acostumbrado a sufrir —dijo él.

Ella se rió.

—Bueno, pues hasta la próxima vez.

—¡Mejor no! —dijo Anton entrando al trote en la consulta, donde su madre ya había tomado asiento junto al escritorio de la doctora Dosig.

—¡Aquí viene nuestro deportista! —le saludó la doctora Dosig.

—¿Deportista? —gruñó Anton frotándose el lugar del pinchazo, sobre el que llevaba un esparadrapo.

—Sí. Ya me ha informado tu madre de con cuánto celo te preparas para vuestra fiesta deportiva.

—Ah, sí.

Ella le sonrió a Anton indicándole la silla que había inmediatamente delante de su escritorio.

—¡Siéntate, anda!

De mala gana Anton se dejó caer en la silla tapizada. Tenía la sensación de que le esperaba un largo y agotador interrogatorio.

La doctora Dosig hizo «clic» con su bolígrafo.

—¡Bueno, Anton, entonces cuéntame qué tal te va!

—¿A mí? ¡Fenómeno!

—¿Ningún problema?

Volvió a hacer el ruidito del «clic» con su bolígrafo.

—Sólo me duelen los ojos de vez en cuando —dijo Anton confiando en no ponerse colorado.

Vio que su madre y la doctora Dosig cambiaban una mirada de sorpresa.

—¿Tus ojos? —preguntó luego la doctora Dosig—. ¿Qué molestias tienes?

—Bueno...

Anton se había preparado con anterioridad muy bien lo que iba a decir. ¡Pero hacerle creer un embuste a una doctora era más difícil de lo que había pensado!

—Me arden tanto... Y hace poco, en el colegio, no pude leer como es debido porque me escocían mucho.

—¿Por qué no me lo has dicho?! —exclamó la madre de Anton con un tono lleno de reproche.

—Yo..., es que es sólo a veces y por eso se me había olvidado.

La doctora Dosig anotó algo antes de levantarse.

—¡Vamos a ver entonces!

—¿No hará daño? —exclamó Anton.

—No.

Tuvo que mover en varias direcciones los ojos.

—No veo nada de particular —observó la doctora Dosig—. ¿No será que lees demasiado?

—Sí: ¡esas condenadas historias de vampiros! —dijo la madre de Anton con una cólera mal disimulada.

—¿Historias de vampiros?

La doctora Dosig aguzó el oído. Dirigiéndose a Anton preguntó:

—¿Te gusta leer esas historias?

Contra su voluntad tuvo que sonreír irónicamente.

—Sí.

—¿Y crees que hay también vampiros en la vida real?

—Eso no lo cree nadie —dijo Anton, y tuvo que volver a sonreír irónicamente.

Al parecer su respuesta había satisfecho a la doctora Dosig. Ella le asintió a la madre de Anton y dijo:

—¿Lo ve usted? Sabe distinguir muy bien la fantasía de la realidad.

Escribió algo nuevamente. Luego le tendió a Anton una hoja: una receta.

—Para tus ojos —explicó—. Te he recetado unas gotas. Te las echarás en cuanto los ojos te vuelvan a arder.

Anton miró cautivado la receta intentando descifrar la letra.

La primera letra podría ser una «T»...

Latiéndole el corazón preguntó:

—¿Y cómo se llaman las gotas?

Aquello era un poco descarado..., pero tenía que hacerlo.

—«Tulli-Ex» —contestó la señora Dosig.

—¿«Tulli-Ex»? —repitió Anton lleno de decepción.

—¿Querías otras? —preguntó asombrada la doctora Dosig.

—Ejem..., ¿podría usted, quizá..., recetarme lágrimas del diablo?

—¿Cómo dices? ¿Lágrimas del diablo?

La doctora Dosig se rió extrañada.

—Nunca he oído hablar de ellas. No, te pondrás las «Tulli-Ex», que son suaves y se toleran

bien.

—¡Lágrimas del diablo! —exclamó la madre de Anton—. ¡Eso seguro que lo ha leído en uno de sus libros de terror!

La doctora Dosig puso delante suyo el bolígrafo encima de la mesa. A todas luces el examen había concluido.

Anton sintió cómo su cuerpo se relajaba.

—¿Y el cuadro sanguíneo? —preguntó su madre.

—No lo tendré hasta mañana. Vuelva, por favor, a llamarme entonces por teléfono.

La doctora Dosig se levantó y Anton, aliviado, siguió su ejemplo.

—Bien, entonces llamaré mañana.

Por el gesto contrariado de su madre se dio cuenta de que ella había esperado más de la visita al médico.

«Sí...», pensó complacido Anton, «uno nunca está seguro contra las sorpresas desagradables».

Anton se dio cuenta enseguida en el coche de cuánta razón tenía cuando su madre dijo:

—¡Por cierto, ahora ya se acabó eso de leer tanto!... ¡Y también tanta televisión!

—¿Eso por qué? —exclamó indignado Anton.

Ella sacó la receta de la guantera y se la pasó a Anton por delante de la cara.

—¡Por esto!

Anton se mordió los labios y no replicó.

¡Anda, que total no tenía que aguantar nada..., por Anna!

Durante el viaje estuvo pensando en las posibilidades que aún le quedaban para dar con las lágrimas del diablo. Podía, por ejemplo, preguntarle al profesor de biología..., o buscarlo en el diccionario..., o enterarse en una librería..., o llamar por teléfono al periódico. Pero las posibilidades no le parecían muy prometedoras.

De pronto su madre se aproximó a la acera y detuvo el coche. Anton se sobresaltó... y vio un gran letrero: Farmacia.

¡¿Cómo no se le habría ocurrido a él?!

Con un rápido movimiento se hizo con la receta.

—¡Iré yo! —declaró abriendo la puerta del coche.

¡Gracias a Dios su madre se quedó sentada y no le siguió!

Entró bastante nervioso en la farmacia. Estaba vacía..., a excepción de un hombre con aspecto simpático que llevaba una bata blanca y se hallaba detrás del mostrador escribiendo algo en un libro.

Sólo levantó la vista cuando Anton puso allí su receta. Luego sacó un paquete de uno de los estantes —«Tulli-Ex», llevaba puesto en letras impertinentemente grandes— y lo colocó ante Anton.

Pero Anton no se inmutó.

—¿Deseas algo más? —preguntó el farmacéutico un poco sorprendido.

Anton carraspeó.

—Yo..., eh, «Tulli-Ex» son gotas para los ojos, ¿no?

—¡Sí!

—¿Me las recomienda usted? Quiero decir, ¿usted se las echaría si...?

—¿Por qué no?



—Es que... —Anton respiró profundamente—. Me han dicho que hay unas gotas muy especiales..., un amigo me las ha recomendado...

—¿Y qué más?

El farmacéutico le observó sin ocultar su curiosidad.

—Se llaman lágrimas del diablo —explicó Anton.

—¿Lágrimas del diablo?

El farmacéutico se rió de tal manera que Anton pudo ver sus largos dientes amarillos.

—Nunca lo he oído. ¿Y eso son gotas para los ojos?

Anton asintió.

—Podría preguntarle a la computadora.

El farmacéutico encendió una pantalla. Después de un rato dijo:

—Lo que me suponía: «lágrimas del diablo» no existe. Tu amigo te ha tomado el pelo.

Señaló las «Tulli-Ex»:

—Prueba con éstas.

—Sí, gracias.

Anton se guardó el paquete y se marchó.

«Pobre Anna», pensó.

«Tulli-Ex»

En su habitación Anton abrió el paquete y sacó el pequeño frasco de plástico transparente. Con cautela dejó caer en su mano un par de gotas del claro líquido y lo olió.

«Tulli-Ex» no olía absolutamente a nada.

¿Serían las lágrimas del diablo igual de incoloras e inodoras? ¡Qué estúpido había sido de no preguntárselo a Anna! Si lo hubiera hecho, le bastaría llevar las «Tulli-Ex» diciendo que eran lágrimas del diablo.

¡Si Anna se lo creyera, quizá le sirvieran también las «Tulli-Ex»!

Anton sacó del paquete el prospecto, apretadamente escrito, e intentó leer lo que ponía allí sobre «Tulli-Ex». Aquello se hallaba plagado de extranjerismos y todo estaba expresado de forma muy complicada. Mas, con todo, Anton entendió que las gotas «Tulli-Ex» eran «extraordinariamente suaves» y que se podían emplear para cualquier afección de los ojos: desde ojos cansados e irritados hasta conjuntivitis.

El no sabía en realidad qué enfermedad de los ojos tenía Anna, pero seguro que las «Tulli-Ex» no le podían hacer daño.

Miró pensativo el frasco por todas partes..., y de repente tuvo una idea: lo único que tenía que hacer era quitar la etiqueta que ponía «Tulli-Ex». Entonces ya nadie podría decir con seguridad qué clase de gotas había en el frasco. ¡Y quizá consiguiera hacerle creer a Anna que eran sus anheladas lágrimas del diablo!

Anton aún se acordaba de cómo se quita una etiqueta desde la época en que coleccionaba sellos.

Entró en el baño y cogió una palangana con agua. Luego volvió a cerrar cuidadosamente el frasco y lo metió en el agua templada.

Y por último lo tapó todo con su atlas. ¡Su madre no tenía por qué enterarse de sus asuntos!

El resto del día fue más bien desconsolador.

A Anton no le dejaron leer ni ver la televisión tal como había anunciado ya su madre.

Cuando oscureció se puso su chandal, se guardó las «Tulli-Ex» en el bolsillo y entró en la sala de estar.

Naturalmente sus padres permanecían sentados delante de la televisión. Estaban viendo una de esas aburridísimas series familiares.

—¿Qué? ¿Ya estáis viendo otra vez la familia Bohnsack y sus amigos? —sonrió irónicamente Anton.

Su madre le lanzó una mirada enfadada.

—¿Te has echado las gotas?

—Sí. ¿Puedo irme abajo otra vez?

—¿Ahora? ¡Pero si fuera está ya completamente oscuro!

—Pero es que tengo que entrenarme para la fiesta deportiva. —Se mordió los labios..., como siempre que quería no reírse—. Y tampoco está tan oscuro. Además, sólo correré por la calle donde hay farolas.

—¿Y por qué no has corrido por la tarde, cuando había luz?

—He estado entrenándome en mi habitación —dijo Anton—. Flexiones de rodillas y..., ¿cómo se llama?..., apoyos sobre las manos.

—¡Apoyos sobre las manos! —corrigió el padre de Anton—. Bueno, a mí me parece estupendo que a Anton le hayan entrado ya de una vez ganas de hacer deporte. Y, ¿por qué no va a poder dar un par de vueltas delante de la casa? Al fin y al cabo ya no es un bebé.

—¡Exacto! —se alegró Anton.

—Bueno, si vosotros lo decís... —dijo mordaz la madre de Anton.

—¡Entonces hasta luego!

Anton hizo una flexión de rodillas para demostrar lo deportista que era y se fue hacia la puerta.

Dentro del ascensor sacó las «Tulli-Ex» del bolsillo. ¡Si tenía suerte, encontraría al pequeño vampiro por el camino, y entonces él podría darle las gotas a Anna!

Un reencuentro

En la explanada de delante de su casa Anton hizo un par de ejercicios que conocía de la clase de gimnasia: flexiones del tronco, tocarse la punta de los pies, giros de brazos, dar saltos. Mientras lo hacía miraba de reojo hacia arriba: al fin y al cabo era muy posible que sus padres le estuvieran observando.

Anton tenía la sensación de que las cortinas de la ventana de la cocina se habían movido ligeramente, aunque no estaba del todo seguro.

Se puso en movimiento.

Un hombre gordo que llevaba un portafolios venía frente a él y de mala gana tuvo que echarse a un lado.

—¡Eh, jovencito, esto no es un campo de deportes! —gruñó.

—Ah, ¿de verdad que no? —dijo Anton empujándole intencionadamente un poco al pasar.

—¡Maldito granuja! ¡Cómo te coja! —gritó echando a correr detrás de Anton un trecho, pero, naturalmente, no tuvo posibilidad alguna de alcanzarle.

—Debería hacer deporte como yo —le gritó Anton sonriendo maliciosamente.

—¡Espera y verás, buena pieza!

El hombre se quedó parado y tomó aliento.

—Algún día te atraparé, y entonces...

Anton ya no se enteró de lo que iba a hacer entonces, pues había cruzado la calle y desaparecido por un camino densamente cubierto de vegetación.

Se tomó un respiro detrás de un matorral. Sentía pinchazos en el costado...: señal de que él tampoco estaba demasiado en forma. Pero, con todo, había sido suficiente para escaparse del gordo. Este tipo de gente siempre pensaba que todo era suyo: el camino, la calle y el mundo entero. Además: ¡Anton no podía aguantar a esos tipos que llevaban portafolios!

—¡Bravo, muy bien hecho! —dijo entonces de repente una voz ronca al lado suyo.

Anton se dio la vuelta... y vio a Lumpi.

—¡Yo no te hubiera creído capaz de ello en absoluto!

—¿De... de qué? —tartamudeó Anton dando un paso atrás.

La cara de Lumpi estaba sembrada de pústulas rojas y parecía una paella. En la barbilla, entre la escasa barba, brillaba un gran esparadrapo embadurnado de sangre... ¡Brrrr!

—De ser tan valiente —explicó Lumpi avanzando dos pasos hacia Anton—. ¡Hay que ver cómo has atropellado al gordo!... ¡Sencillamente fenomenal! Tú no temes ni al mismísimo diablo, ¿no? —Puso sus grandes y poderosas manos sobre los hombros de Anton—. ¡Está bien que nos hayamos vuelto a ver por fin! —dijo con voz ronca, enseñándole a Anton sus impecables dientes.

—Sí, muy bien —balbució Anton intentando librarse del agarrón de Lumpi. Pero le sujetó tan fuerte como si lo hiciera con dos tornos.

—¡Ahora tienes un aspecto aún mejor que antes! —Lumpi le examinó con ojos relucientes y lentamente hizo correr su mirada por la cara de Anton hasta llegar a su cuello—. ¡Tienes un aspecto sanísimo!

—¿Tú crees? Mi madre no piensa lo mismo.

—Ah, ¿de verdad? —A Lumpi se le notaba claramente que no creía una sola palabra de lo que decía Anton—. ¿Y qué es lo que dice entonces tu mamá?

—Me ha obligado incluso a ir al médico.

—Médico... ¡Qué asco! —Lumpi contrajo su ancha boca—. Hubiera debido mejor enviarte a mí. —Y con una ávida mirada al cuello de Anton añadió—: Un pequeño mordisquito mío puede hacer milagros, créeme.

Anton tuvo un gélido escalofrío. Subió los hombros y dijo:

—¡Yo... tengo anemia!

—¿Qué? ¿Anemia? —gritó Lumpi, y escupió al suelo—. ¡Esa es la enfermedad más inútil y más desagradable que conozco!

Volvió a escupir lleno de repugnancia.

Luego su rostro adoptó una expresión taimada y ladina, y parpadeando le dijo a Anton:

—Sólo hay una cosa que no me creo: ¡que tengas tú esa enfermedad!

Anton se esforzó por permanecer completamente frío.

—¿Y por qué no? La doctora me mandó que me hicieran incluso un cuadro sanguíneo.

—¿Un cuadro... sanguíneo? —repitió Lumpi escuchando atentamente y con recelo el sonido de aquellas palabras. Luego su estado de ánimo cambió de nuevo y tronó—: ¿Y por qué la doctora? ¡Yo sí que puedo hacerte un buen cuadro sanguíneo!

Anton vio espantado cómo los ojos de Lumpi adoptaban ese brillo rígido...; era la mirada con la que los vampiros hipnotizaban a sus víctimas.

¡Anton tenía que hacer algo!

Con un presuroso movimiento sacó las «Tulli-Ex» del bolsillo y se las puso a Lumpi justamente debajo de la nariz.

Lumpi lanzó un resuello de fastidio.

—¿Eso qué es? —gruñó.

—¡Son gotas, para Anna!

—Anna, Anna... —murmuró con voz apagada Lumpi—. Ahora Anna ya no cuenta. Ahora ya sólo estamos nosotros dos..., ¡tú y yo!

Soltó un gruñido profundo y gutural —«como un animal salvaje», pensó Anton temblando—, luego abrió bruscamente su gran boca y fue a clavar sus dientes de vampiro en el cuello de Anton.

Pero en el último momento Anton le metió... ¡el frasco de «Tulli-Ex» entre los dientes!

Dando un chasquido la dentadura de Lumpi se cerró alrededor del frasco.

Así se quedó durante unos segundos. Luego, poco a poco, pareció empezar a darse cuenta de que había algo que no cuadraba. Abrió los dientes y se cayó el «Tulli-Ex».

—¿Qué ha pasado? —preguntó aturdido Lumpi.

—Sólo quería darte las gotas de Anna —dijo impetuosamente Anton recogiendo el frasco del suelo.

Aprovechando la evidente confusión de Lumpi le puso el «Tulli-Ex» en la mano y dijo:

—¡Toma! ¡Estas son las gotas para Anna!

Lumpi estaba como obnubilado..., con aquella mirada ausente y vitrea.

A Anton le conmovió de una forma muy extraña verle en tal estado. Sabía que Lumpi era uno de los vampiros más peligrosos e imprevisibles. Y ahora, de repente, se dejó sin resistencia alguna que le dieran el «Tulli-Ex» cogiéndolo como un niño bueno y obediente.

¿Sería por las gotas «Tulli-Ex»? ¿Habrían ofuscado a Lumpi a través del frasco? ¿O era que los vampiros se quedaban así siempre que creían tener delante una..., ejem..., víctima?

Anton no lo sabía. Lo único que sí tenía muy claro era que no podía perder más tiempo. Si Lumpi se despertaba de su estupor, a Anton seguro que le costaba el cuello... ¡Y nunca mejor dicho!

Enérgicamente volvió a decir de nuevo:

—¡Y acuérdate de las gotas! ¡Son para Anna..., y muy importantes!

Luego Anton salió corriendo a toda velocidad. Corrió a lo largo del camino sin volverse una sola vez. Cuando llegó a la calle oyó tras él un ronco aullido.

—¿Anton? ¿Dónde estás?

Aquella era la voz de Lumpi y sonó muy colérica.

Era evidente que había vuelto en sí.

Anton corrió todo lo deprisa que pudo. ¡Con aquella velocidad —pensó— batiría todos los récords en la fiesta deportiva! Llegó a casa completamente sin respiración.

—Te debes estar entrenando ya para los Juegos Olímpicos, ¿no? —bromeó su padre.

—No —dijo jadeante Anton—. Ha sido entrenamiento de supervivencia.

—¿Entrenamiento de supervivencia? —repitió en tono de censura su madre—. ¡Te apuntas a cualquier moda!

—¿Yo? —contestó Anton mirando con una sonrisa irónica las nuevas botas que llevaba su madre.

Se puso un poco colorada... y se volvió precipitadamente hacia el programa de televisión.



Anton y el aseo

—Entonces me voy a la cama —dijo Anton.

—¿Así como estás? —preguntó con agudeza su madre.

Anton se miró de arriba a abajo: su chándal estaba empapado en sudor y lo tenía pegado al cuerpo.

—No. Primero me quitaré el chándal.

—¡No me refiero a eso!

—Y también las zapatillas de deporte —añadió de mala gana—. ¿Puedo irme ahora a mi habitación?

—¡No!

—¿Y por qué no?

—Porque primero vas a ir al baño.

—Pues haberlo dicho enseguida —gruñó Anton.

—¡Y allí te darás una ducha!

—¿Ducharme? ¿Ya a estas horas?

—Sí. Es imprescindible —opinó el padre de Anton—. ¡E y D es el lema de todo deportista!

—¿E y D? —refunfuñó Anton.

¡A saber lo que era aquello!

—¡Entrénate y dúchate! —explicó su padre soltando una sonora carcajada presuntuosa.

Anton no le encontraba ninguna gracia a aquella observación. Pero no se le ocurrió ninguna réplica y por eso se fue al cuarto de baño.

Mientras se desnudaba pensó si ducharse o simplemente dejar correr el agua. Pero casi seguro que su madre comprobaría las toallas..., así que lo más sencillo era meterse enseguida en la ducha.

Cuando sintió el potente chorro de agua caliente sobre la piel incluso le gustó. A grito pelado cantó «*Había una vez un barquito chiquitito*»..., hasta que alguien desde el otro lado dio golpes en la pared diciendo algo a voces.

Anton cerró la ducha y exclamó:

—¡Tiene usted razón, yo también estoy en contra de demasiado aseo!

Entonces se abrió la puerta del cuarto de baño.

—¿Te has vuelto loco? —le regañó su madre—. ¿Quieres que los vecinos se nos suban al tejado?

—¿Al tejado? —dijo Anton riéndose maliciosamente y mirando al techo—. Yo creía que encima de nosotros vivía todavía alguien.

Cerró enfadada la puerta.

—Bueno —dijo Anton echándose la toalla por los hombros—. ¡Algunas personas nunca están contentas con nada!

Iba a entrar en su habitación, cuando, de repente, su madre se precipitó al lado suyo.

—Tu ventana aún está abierta —exclamó ella desapareciendo dentro de la habitación de

Anton.

—¿Qué? ¿Que mi ventana está abierta? —se hizo el indignado Anton y empezó a tiritar por si las moscas—. ¿Quieres que me constipe o qué?

—Volvía a apestar terriblemente —dijo ella cerrando la puerta de un empujón—. ¡Como me entere de dónde viene siempre ese olor!

Anton sabía qué era lo que apestaba de aquella manera. A pesar de que la ventana había estado abierta hasta hacía un momento ya volvía a oler como en una leonera.

—¿No tendrás acaso viejos calcetines sucios en el armario? —preguntó su madre haciendo ademán de ir a abrir la puerta del armario.

—¡Alto! —gritó Anton.

Ella titubeó.

—¿Por qué no voy a poder mirar dentro de tu armario?

—Porque... hay dentro regalos que estoy preparando para vosotros.

—¿Regalos? —preguntó desconfiada.

—Sí. Para Navidades.

Sólo era 22 de octubre todavía, pero a pesar de ello:

—¡Es que algunos empiezan muy pronto con sus preparativos! —dijo Anton riéndose irónica y desvergonzadamente.

Le creyera o no, el caso es que había conseguido disuadirla de su intención de revolver en su armario.

—Bueno, entonces busca tú mismo —declaró ella—. ¡Y espero que saques como poco cuatro pares de calcetines sucios!... ¡Aunque por la peste que hay deberían ser más de cincuenta pares! —añadió mordaz, abandonando la habitación.

—Calcetines sucios —gruñó Anton—; yo no sé hacer magia.

—¡Si necesitas calcetines aquí tienes! —oyó entonces decir a una voz ronca, ¡y luego vio cómo por debajo de su cama asomaba una mano flaca tendiéndole dos calcetines negros llenos de agujeros!

—Rüdiger, ¿eres tú? —balbució.

—Sí. —La mano con los calcetines se retiró—. Pero no me descubras.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—En... enseguida. —El corazón de Anton aún seguía latiendo rápida e irregularmente de tanto como se le había metido el miedo en el cuerpo—. Yo..., primero tengo que llevarle los calcetines a mi madre.

—Si me das unos limpios te puedes quedar los míos —declaró el vampiro riéndose con voz ronca.

—¿Calcetines limpios? ¡No hay problema!

Anton acudió al armario. Cuidadosamente enrollados había allí varios pares.

—¿De qué color los quieres?

—Negros. O no..., rojos, ¡rojo sangre!

Anton le arrojó un par de calcetines de color rojo brillante. Se los había hecho su abuela pero no se los había puesto nunca porque no quería andar por ahí pareciendo una cigüeña.

El vampiro soltó un silbido entre dientes.

—¡Qué cosa más bonita! —graznó, e inmediatamente después aterrizaron sus negros calcetines de vampiro delante de los pies de Anton.

A Anton le hubiera gustado tener unas tenazas para cogerlos. Se tapó la nariz y cogió los calcetines con la punta de los dedos. Se encontraban tan llenos de mugre que estaban ya completamente tiesos, y olían de una forma..., ¡sencillamente indescriptible!

Pero, con todo, ahora tenía algo que presentarle a su madre. Llevó los calcetines al cuarto de baño y los dejó caer con un profundo suspiro en la cesta de la ropa sucia. Luego exclamó hacia la sala de estar:

—Ya he encontrado los calcetines que olían tan mal.

—Estupendo —respondió la madre—. ¿Y dónde están ahora?

—En la cesta de la ropa sucia.

—Bueno. Entonces los lavaré mañana. ¡Qué duermas bien!

—Sí. ¡Buenas noches!

Se avecina algo terrible

Cuando Anton regresó a su habitación no se veía a Rüdiger. Cerró la puerta y entonces salió el pequeño vampiro de debajo de la cama.

—¿Ya está el aire despejado? —preguntó con voz ronca.

—Sí —dijo Anton, y añadió—: ¡Ya no están tus calcetines!

—¡Cierto! —sonrió irónicamente el vampiro.

Se sentó en la cama, estiró las piernas y movió los dedos de los pies con sus nuevos calcetines rojos.

—¡Realmente son endiabladamente bonitos!

—A Olga seguro que le habrían gustado también —bromeó Anton.

—¿A Olga?

El vampiro se levantó encolerizado y miró a Anton con ojos fulgurantes. Luego volvió a derrumbarse y murmuró con voz apagada:

—No hables de Olga. Con ello me estas hurgando en una herida que aún sigue sin estar curada.

Anton reprimió una risa. Nadie, a excepción de Rüdiger, podría comprender nunca cómo se podía enamorar alguien de una señorita vampiro tan arrogante y afectada como Olga von Seifenschwein.

El pequeño vampiro resopló y luego se frotó los ojos con sus huesudas manos.

—No hablemos del pasado —dijo ronco—. El presente ya es suficientemente malo.

—¿Por qué? —preguntó preocupado Anton.

—El cementerio... Se avecina algo terrible.

—¿Te refieres a lo que Geiermeier y Schnuppermaul tienen previsto?

El vampiro miró sorprendido a Anton.

—¿Sabes tú algo de eso?

—Oí cómo hablaban entre ellos. Decían que iban a transformar el cementerio en un jardín y que entonces se acabaría de una vez con...

Anton se interrumpió.

—¿Con qué? —inquirió Rüdiger.

—¡Con vosotros los vampiros!

—¡Eso confirma mis peores temores! —dijo el vampiro con voz de ultratumba.

—¿Qué es lo que ha pasado? —quiso saber Anton.

—Acababan de llevar dos grandes vehículos al cementerio. Y Geiermeier y Schnuppermaul estaban allí frotándose las manos.

—¿Qué clase de vehículos?

—Máquinas de construcción, creo. ¿Entiendes tú de máquinas?

—Humm,..., sí.

—¡Estupendo! —se alegró el vampiro—. Eso es lo que yo pensaba. Sí, y por eso...

Hizo una pausa muy significativa. Anton preguntó impaciente:

—¿Qué?

—¡Por eso tienes que ayudarnos!

—¿Que yo tengo que ayudaros? —respondió Anton imitando el tono exigente del pequeño vampiro—. ¿Y qué pasa si no quiero?

Rüdiger le miró desconcertado.

—¿No quieres?

—Bueno, podría ser —dijo Anton gozando del desconcierto del vampiro. Muy dignamente añadió—: Yo no dejo que nadie me mangonee, ni siquiera tú.

—Per... dona —tartamudeó el vampiro. Luego preguntó apocado—: Pero, ¿seguirás siendo amigo nuestro, no?

—Sí, claro.

—¿Y quizá no...? Quiero decir..., ¿no podrías quizá... ayudarnos?

Se notaba claramente lo difícil que le resultaba al vampiro pedirle algo a Anton.

Anton sonrió amplia e irónicamente.

—¡Ya que lo pides con tanta amabilidad!

—¡Gracias a Drácula! —exclamó el vampiro suspirando aliviado.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Anton.

—Bueno, estaría bien que tú... fueras mañana por la tarde al cementerio y trataras de averiguar algo allí por nosotros.

—¿Yo tengo que averiguar algo por vosotros?

—¡Tú al fin y al cabo eres una persona! Seguro que no despiertas sospechas.

—¿Tú crees?

—Sí. Sólo tienes que llevar una regadera y un rastrillo; así no llamarás la atención.

—Lo pensaré —gruñó Anton.

El vampiro le lanzó una mirada suplicante.

—¡Por favor!

—Bueno, está bien —dijo halagado Anton.

—¡Y yo mañana por la noche vendré a tu casa!

El vampiro se calzó los zapatos y se subió al alféizar de la ventana.

—Eh ¿por qué te ha entrado de repente tanta prisa? —preguntó Anton.

El vampiro sonrió maliciosamente.

—¿No lo oyes?

—No, ¿el qué? —repuso Anton.

—¡Mi estómago está gruñendo! —dijo el vampiro, y soltando una carcajada como un graznido se lanzó hacia la noche.

Eso te extraña, ¿no?

A la mañana siguiente a Anton le despertaron de una forma muy poco agradable. Su madre entró en la habitación, encendió la luz y exclamó:

—¿De dónde han salido estas cosas tan nauseabundas?

Anton parpadeó.

—¡Apaga la luz!

—¡Cuando me hayas dicho de quién son estos repugnantes andrajos!

Anton abrió los ojos con cautela..., aunque aquello realmente ya no era necesario, pues por el olor había reconocido qué era lo que su madre le estaba poniendo delante de la nariz: los calcetines negros de Rüdiger.

—¿Por qué? —preguntó poniendo gesto de no tener culpa de nada—. Me dijiste que pusiera aparte mis calcetines sucios, ¿no?

Llena de repugnancia dejó caer los calcetines.

—¿Tuyos? ¡Estas cosas apestosas no son tuyas de ninguna manera!

—Bueno —dijo Anton quitándole importancia—. Ahora sí.

—¿Cómo que ahora sí?

—Yo...; es que hemos hecho un cambio.

—¿Quiénes? Eso tienes que aclarármelo.

Anton gimió en voz baja. Apenas se había despertado y ya tenía que estar dando explicaciones.

—Rüdiger y yo —dijo—. Yo le he dado unos míos y él a cambio me ha regalado los suyos.

—¿A esto le llamas tú calcetines? —exclamó su madre—. Si no tienen más que agujeros... —Sacudió irritada la cabeza—. ¿Y qué calcetines le has dado tú a Rüdiger a cambio?

—Los rojos.

—No serán los de la abuela, ¿eh?

El sonrió irónicamente.

—Eso te extraña, ¿no?

—¡Increíble! ¡Cambia sus calcetines nuevos por una cosa como ésta! —Empujó con la punta del pie los calcetines de Rüdiger y contrajo el rostro—. ¡Y hay que ver cómo apestan! Anoche casi me puse mala en el baño.

Anton reprimió la risa.

—Tú querías calcetines sucios..., pues ya tienes unos.

Su madre se rió con arrogancia.

—¿Crees realmente que iba a molestarte yo en meter estos andrajos en la lavadora?

—¿Por qué no? —dijo Anton—. Tan sucios como están no puedo ponérmelos.

—Es que no te los vas a poner de ningún modo —repuso su madre.

Se inclinó y con un gesto de repugnancia volvió a levantar los calcetines. Luego se fue hacia la puerta.

—¿Qué vas a hacer con los calcetines? —preguntó Anton.

Ciertamente nunca había pensado en ponérselos alguna vez..., pero quería guardarlos porque,

al fin y al cabo, eran auténticos calcetines de vampiro. ¡Pero fuera como fuera antes había que lavarlos!

—Los voy a tirar —dijo su madre.

—¿Tirarlos? ¿Y si Rüdiger no está de acuerdo?

Ella le miró con burla por encima del hombro.

—Yo creía que te los había regalado...

—Bueno, sí, pero...

—Y en caso de que Rüdiger necesite calcetines nuevos..., yo con gusto iré con él a comprarle unos.

—Yo no haría eso.

—¿Y por qué no?

—Porque Rüdiger no se lava nunca los pies.

¡Aquello fue ya demasiado para la madre de Anton! Soltó un grito de indignación y cerró la puerta tras ella.

Anton saltó de la cama, abrió de par en par la ventana y respiró profundamente. ¡Uf! ¡Qué bien sentaba después del mal olor! Luego se vistió y salió al pasillo.

Su madre estaba ante el espejo abrochándose los botones del abrigo.

—¿Ya te vas? —preguntó sorprendido.

—Sí. Quiero pasarme un momento por casa de la doctora Dosig antes de ir al colegio.

—¿Y qué es lo que vas a hacer en casa de la doctora Dosig?

—Preguntar cómo ha salido tu cuadro sanguíneo —y se dirigió a la puerta de la vivienda—.

¿O tienes algo en contra?

—¿Yo? —exclamó Anton intentando que ella no notara lo bien que le venía a él aquello—.

¡No!

Pero su madre era más lista de lo que él se había imaginado.

—Te crees que vas a poder sacar otra vez esos calcetines apestosos cuando yo me haya marchado, ¿eh? —dijo ella con una sonrisa—. ¡Pero puedes ahorrarte el trabajo!

Señaló una bolsa de plástico que llevaba junto a su cartera.

—Me llevo los calcetines y los tiraré de camino en una papelera.

—¿Los calcetines de Rüdiger? ¿A una papelera? —exclamó Anton.

Ella asintió con la cabeza.

—Nosotros no somos traperos.

Anton se mordió indignado los labios. Luego dijo:

—Puestos ya a ahorrar, ¡yo sé lo que podías ahorrarte tú!

—¿El qué?

El sonrió maliciosamente.

—El camino hasta la casa de la doctora Dosig.

Ahora le tocaba enfadarse a ella.

—¡Ya lo veremos! —replicó su madre.



Nuevas dificultades

Anton se salió con la suya: su sangre estaba en orden.

—Estás completamente sano —le informó su madre durante la comida.

Por la forma de decirlo Anton notó que no parecía demasiado contenta con el resultado.

—Completamente sano... —repitió él de buen humor—. ¡Tal como yo había dicho!

Volvió a servirse patatas..., ¡para que ella viera que también su apetito estaba «sano»!

Con la boca llena dijo complacido:

—¿Lo ves? Todo ese estúpido análisis no ha servido para nada.

—No diría yo eso —contestó su madre.

—¿Y por qué no?

—Porque la doctora Dosig nos ha mandado ahora a un psicólogo.

—¿A dónde?

Anton estuvo a punto de atragantarse con la patata.

—Mañana por la tarde vamos a un psicólogo..., a un médico psicólogo. He llamado antes por teléfono y me han dado hora.

—¿Qué? —gritó Anton—. ¿Sin preguntarme a mí?

Su madre se rió fríamente.

—¿Sabes tú acaso lo que es un psicólogo?

—¡Claro que sí! Por la televisión —y añadió iracundo—: Y yo no tengo ninguna gana de que un picoloco de éstos revuelva en mi vida afectiva.

Ella se rió.

—Tan malo no será. Además, yo estaré a tu lado.

Anton apartó el plato medio lleno y se levantó. ¡Se le habían quitado las ganas por completo!

—¿A dónde vas? —preguntó su madre.

—Emigro —gruñó.

En su habitación se sentó en la cama y lo primero que hizo fue meditar. Psicólogos... Era gente que metía sus narices en todo, sabelotodos que creían haber alcanzado la sabiduría. ¡Y a uno de esos iba a llevarle su madre! Lo mejor era emigrar de verdad. ¿Pero a dónde? Hoy día ya no se estaba seguro ni en la Cripta Schlotterstein...

Se acordó de lo que le había prometido al vampiro.

En algún sitio tenía que tener aún su cubo de arena y la pala.

Estuvo buscando hasta que, finalmente, los encontró detrás del montón de tebeos viejos dentro de su armario. Luego se deslizó de puntillas hasta la puerta de la vivienda. Oyó que de la cocina salía música. Sin que su madre se diera cuenta, abrió la puerta y la volvió a cerrar a sus espaldas.

Realmente no era su estilo marcharse así, a hurtadillas..., ¡pero después de todo, su madre también había llamado al psicólogo sin haber hablado antes con él!

Anton recogió su bicicleta del sótano, sujetó el cubo y la pala al portaequipajes y se puso en marcha. ¡Ojalá no se encontrara por el camino a nadie de su clase! De otro modo, al día siguiente en el colegio sólo habría un tema de conversación: ¡Anton todavía juega con la arena!

Devastadores del medio ambiente

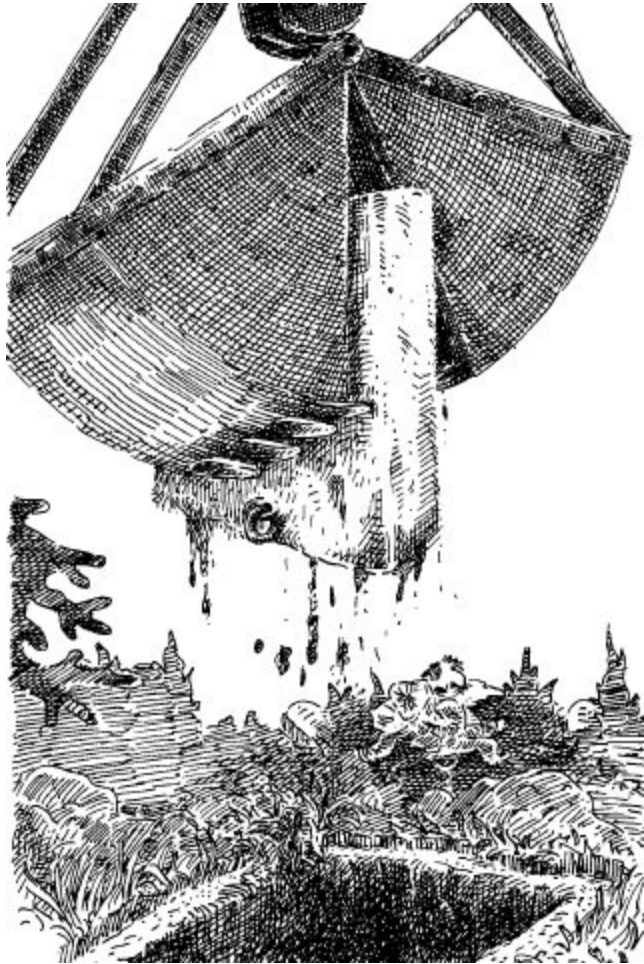
Pero tuvo suerte: a excepción de una pareja enlutada de mediana edad, no se tropezó con nadie. Dejó la bicicleta contra el muro del cementerio y entró cruzando el portón, que estaba abierto de par en par.

El cementerio ofrecía aquel día un aspecto aún más desolador que otras veces. Encima de las tumbas, en lugar de los coloridos ramos de flores del verano, ya sólo había tristes ramas de abeto, y casi todos los árboles y arbustos se habían quedado sin hojas. Ahora Anton podía ver incluso la casa de Geiermeier asomando entre los setos.

Y vio otra cosa más: algo grande y amarillo detrás de la vieja capilla...

¡Aquello tenían que ser los vehículos de construcción!

Mientras caminaba lentamente hacia la capilla se pusieron en marcha dos motores haciendo un ruido ensordecedor. Una terrible nube de gases quemados de color azul se le vino encima a Anton. Tosió. Realmente estos devastadores del medio ambiente no se arredaban ante nada... ¡Ni siquiera ante las tumbas de los muertos!



De todas formas, el ruido que hacían fue una ventaja para Anton: nadie se dio cuenta de cómo rodeaba la capilla y se colocaba tras un resalte del muro. Ahora podía dominar con la vista la parte trasera del cementerio sin que le descubrieran.

Y lo que vio allí le puso los pelos de punta. Una gran excavadora estaba levantando la tierra. Las lápidas y cruces que sacaba las echaba a un montón un bulldozer.

La parte vieja y salvaje del cementerio ¡se había convertido en una obra!

Sólo se habían salvado un par de árboles. Anton reconoció el gran abeto bajo el cual se encontraba el agujero de entrada a la Cripta Schlotterstein.

Y entonces la excavadora fue hacia el abeto, se detuvo, la pala bajó y levantó una piedra plana cubierta de musgo.

¡Era la piedra con la que los vampiros tapaban el agujero de entrada a su cripta! Ahora el pozo estaba allí abierto, accesible para cualquiera...

¡Si Geiermeier y Schnuppermaul descubrían la entrada, los vampiros estarían perdidos! Anton sintió una opresión en el pecho. Vio a Geiermeier y Schnuppermaul; corrían detrás del bulldozer alegres y excitados como niños pequeños. Pero no se dieron cuenta del pozo..., aún no. Observaron cómo la piedra de musgo aterrizaba al lado de otras piedras.

Por el momento los vampiros estaban seguros..., pero, ¿por cuánto tiempo aún?

Anton apretó los puños con una rabia sorda. ¡Cuando pensaba que los vampiros estaban allí abajo completamente indefensos y no podían mover ni un dedo hasta que no se pusiera el sol!

Schnuppermaul y Geiermeier tenían máquinas y recursos. Los vampiros por el contrario no tenían a nadie..., ¡sólo a él, Anton!

Pero, ¿qué podía hacer él solo contra cuatro hombres adultos, una excavadora y un bulldozer? ¡No podía hacer nada, absolutamente nada!

¿O sí?

De repente los motores se pararon, los conductores se bajaron y en el silencio Anton oyó cómo uno de ellos decía:

—¡Descanso para tomar el café!

Y luego caminaron directamente hacia Anton, que se apretó contra el resalte del muro. Pasaron a su lado sin verle y desaparecieron en el interior de la capilla. Geiermeier y Schnuppermaul les siguieron; ellos tampoco advirtieron la presencia de Anton.

De repente Anton se había quedado solo en el cementerio. Miró hacia el gran abeto y entonces supo cómo podía ayudar a los vampiros.

Echó a correr con el cubo y la pala en la mano.

No tener corazón con los niños

Su primera idea fue simplemente cegar el agujero de entrada. Así Geiermeier y Schnuppermaul nunca lo encontrarían y los vampiros, a pesar de todo, podrían abandonar su cripta..., por la salida de emergencia.

Cuando Anton llegó al pie del agujero de entrada y miró hacia lo profundo comprendió que tardaría horas en cegar el pozo. No, tenía que hacerlo de otra manera...

Se dio la vuelta y vio una raíz de árbol que era tan grande como la abertura. Con algún esfuerzo consiguió meterla un poco dentro del pozo. El agujero que quedaba lo llenó rápidamente con tierra del cementerio... y ya no se veía nada.

Levantó la cabeza orgulloso y aliviado... y se topó con la cara de Geiermeier contraída por la cólera.

—¿Qué estás buscando tú aquí? —gritó Geiermeier.

Sus cortos y gruesos dedos se contrajeron convulsivamente como si fuera a lanzarse inmediatamente sobre Anton.

—No... no estoy buscando nada. —Se levantó temblándole las rodillas—. ¡Sólo estoy jugando!

Como demostración le tendió el cubo y la pala.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Schnuppermaul, que se encontraba al lado de Geiermeier.

—¿Bonito? —le habló en tono imperioso Geiermeier. ¡El muy granuja está fisgoneando por aquí y a ti te parece bonito!

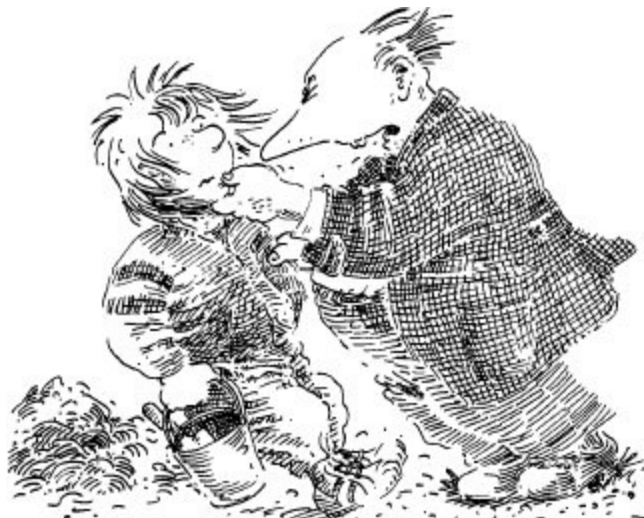
—Es que a mí antes me gustaba tanto jugar en la arena... —se defendió Schnuppermaul.

—¡Jugar en la arena!

Con los ojos echándole chispas Geiermeier miró primero a Anton y luego a Schnuppermaul.

—¿No ves que este granuja es ya demasiado mayor para eso? —Amenazándole avanzó un paso hacia Anton—. ¡Admítelo, tú querías tratar de averiguar algo!

Anton dio un paso atrás. No sólo porque tuviera miedo, sino porque Geiermeier olía terriblemente a ajo.



—No —dijo—. En el cajón de arena de nuestra casa están cambiando hoy la arena.

—¿Cambiando la arena? —Geiermeier le miró sombrío—. ¿Me tomas por tonto o qué?!

—No, eso es lo que ahora se hace —terció Schnuppermaul. Con una risita añadió—: Por los pequeños..., ejem..., ¡montóncillos que hacen los perros!

—¡Bah! —exclamó colérico Geiermeier. Luego preguntó en tono desabrido—: ¿Y cómo es que estás jugando precisamente en el cementerio? La paz y el descanso de los difuntos son sagrados para nosotros, ¡sí señor!

—Ah, ¿sí? —dijo Anton.

En ese momento el operario de la excavadora se estaba subiendo a ella.

Entonces Geiermeier cogió súbitamente a Anton de la barbilla y le sujetó.

—¡En! —murmuró y silbó entre dientes—. ¿No nos conocemos ya tú y yo, mozalbete?

—¡No, no! —balbució Anton.

Se quedó casi sin respiración de lo fuerte que era el olor a ajo.

—¡Sí! —dijo Geiermeier en voz baja y enfadada—. ¡Yo ya te he visto antes por aquí!

—¡Déjale, Hans-Reinrich! —protestó Schnuppermaul—. ¿O es que no tiene corazón con los jóvenes..., digo..., con los niños?

En aquel momento puso en marcha el motor el operario de la excavadora. Una nube de gases les envolvió como una cortina de niebla.

Anton aprovechó aquella oportunidad para escapar. Corrió hacia la salida, montó en la bicicleta y salió a toda prisa de allí.

Un auténtico defensor de la naturaleza

En casa su madre le recibió con un aire de absoluto reproche.

—¿Desde cuándo te vas tú de casa sin decírmelo? —inquirió ella.

Anton contrajo con terquedad la comisura de los labios.

—Desde que tú a mis espaldas llamas por teléfono a los psicólogos.

—¡Pero si es sólo porque estamos preocupados!

—¿Preocupados? También yo tengo preocupaciones —gruñó Anton, y se fue a su habitación.

Ella le siguió.

—¡Anton! ¿No podemos hablar razonablemente de ello?

—¿De qué?

Tal como estaba —con su chaqueta y las botas sucias— se sentó en la cama. Pero su madre, excepcionalmente, no le regañó. Sin duda notaba que a él le pasaba algo. Con un tono extraordinariamente tierno dijo:

—De tus preocupaciones, por ejemplo.

A Anton de repente le entró un picor en la garganta. Con voz ronca exclamó:

—Esos malditos devastadores del medio ambiente. ¡Lo destrozan todo!

Apretó los dientes colérico.

—¿Qué es lo que destrozan? —preguntó ella.

—Todo —volvió a decir él, y añadió luego sombrío—. El cementerio.

—¿El cementerio? ¿Es que van a construir allí?

—No. Pero han aplanado la hermosa parte no cuidada. Van a hacer de aquello un parque..., como si no tuviéramos ya suficientes parques estúpidos de éstos.

—Pero si a ti el cementerio te tiene que dar absolutamente igual —dijo ella riéndose.

«¿Igual? ¡Si ella supiera!», pensó Anton..., pero no dijo nada.

Como no quería que le siguieran preguntando se quitó las botas. Con una alegría furibunda observó cómo se formaban montoncitos de arena sobre la alfombra. Naturalmente también su madre vio los montoncitos de arena.

—¡Anton, deja de hacer eso inmediatamente! ¡Tu preciosa alfombra! —exclamó con voz estridente.

—Sí, enseguida —contestó, y tiró hasta que tuvo las dos botas en la mano.

Roja de indignación, la madre se dirigió a la puerta.

—¡Pero serás tú quien quite esa basura! —exclamó ella.

—¿Basura? —dijo Anton amontonando la arena—. ¡Pero si todo esto es Naturaleza! Y tú estás en favor de la conservación de la Naturaleza, ¿o no?

«¡Pamg!», restalló la puerta.

Anton se estiró en la cama y suspiró. Ciertamente había vuelto a conseguir escaparse a las dichosas preguntas de su madre, pero no podía alegrarse de ello del todo. Estaba demasiado preocupado por los vampiros.

¿Qué es lo que harían ahora? ¿Marcharse de allí? ¿Regresarían acaso incluso a Transilvania?

Anton notó que las lágrimas se le saltaban a los ojos. Y no podía hacer absolutamente nada..., ¡sólo esperar que Rüdiger, a pesar del peligro en el que estaban inmersos los vampiros, fuera aquella noche a su casa!

¡Ojalá el tiempo hasta entonces pudiera pasar más deprisa!

Cuando fuera empezó por fin a ponerse el sol y Anton estaba ya expectante en la ventana llamaron a la puerta de su habitación.

—¡Anton, la cena está lista!

—No tengo hambre —contestó.

—¿No tienes hambre? —El padre de Anton echó un vistazo al interior de la habitación—.

¿Tampoco si te digo que he hecho ensalada de fruta?

—¿Ensalada de fruta?

Normalmente Anton se chupaba los dedos con la ensalada de fruta, pero hoy seguro que no podría probar bocado.

—En... enseguida voy.

—No tardes mucho —dijo su padre—. ¡Si no, se habrá acabado!

Dicho esto volvió a cerrar la puerta.

—¡Si se acaba, mejor! —gruñó Anton.

Se quedó de pie en la ventana mirando la extraña luz azulada que había fuera. Notó cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

Los vampiros estarían ahora saliendo de sus ataúdes, estirándose, bostezando, poniéndose sus capas. Anton se imaginó cómo el primero de ellos iría a abandonar la cripta... y se daría cuenta entonces que la salida estaba bloqueada.

Entonces oyó la voz de su madre:

—¡Anton, te estamos esperando!

De mala gana entró al trote en la cocina.

Desgraciadamente no se habían comido, ni mucho menos, toda la ensalada de frutas: en su sitio había un gran plato lleno hasta el borde.

—¡Yo nunca me como tanto! —protestó.

—¡La protección del medio ambiente debe de haberte afectado al estómago! —bromeó su padre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mamá me ha informado de que te has hecho defensor de la Naturaleza.

—¿Y qué? Eso no está prohibido, ¿no? —gruñó Anton.

Con desgana se metió un trozo de manzana en la boca.

—No, claro que no. Nos alegramos de que estés a favor de la defensa de la Naturaleza. Sólo que..., ¿por qué tiene que ser otra vez precisamente el cementerio?

Anton notó cómo se ponía colorado.

—¡Porque nadie se preocupa de él excepto yo!

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees? —contestó su padre—. ¿Quieres oír lo que pone en el periódico? —Sin esperar la respuesta de Anton cogió el periódico y empezó a leer en voz alta—: «*Embellecimiento*

del cementerio. La parte trasera de nuestro cementerio se va a convertir en un parque. Este es el deseo del guardián del cementerio, Hans-Heinrich Geiermeier, de 59 años.»

«A su incansable labor hay que agradecer que en la última sesión de la Comisión de Presupuestos se concedieran cinco mil marcos para embellecer el cementerio.»

Dejó caer el periódico.

—¿Lo ves? No es cierto, pues, que nadie se ocupe del cementerio.

Volvió a mirar otra vez en el periódico:

—«... a su incansable labor hay que agradecer...»

—¡Agradecer! —exclamó Anton soltando un gallo.

—¿Por qué? —dijo su padre—. Sólo puede ser bueno que un trozo de terreno baldío que nadie aprovecha se convierta en un hermoso parque para todos.

—¿Nadie? ¿De dónde sacas tú eso? —dijo excitado Anton.

—¿Sabes tú acaso de alguien? —preguntó divertido su padre.

—¡Naturalmente! Los vamp... —exclamó Anton, y se interrumpió sobresaltado. ¡No se había descubierto por un pelo! Rápidamente dijo—: Los... turones y... y también otros animales que ahora tendrán que verse desterrados del cementerio.

Su padre se rió.

—¡Realmente eres un auténtico defensor de la Naturaleza!

Pero la madre de Anton se quedó seria.

—Anton iba a decir otra cosa completamente diferente. —Y dirigiéndose a Anton preguntó con acritud—: Tú ibas a decir: ¡los vampiros! ¿No es cierto?

—Yo... —murmuró Anton volviendo a ponerse colorado.

En esta ocasión no se le ocurrió ninguna excusa.

Ella soltó un profundo suspiro.

—¡Gracias a Dios mañana tenemos hora con el psicólogo! ¡Realmente me parece que poco a poco estoy dejando ya de saber latín!

—¿Latín? —gruñó Anton poniéndose de pie—. ¡No sabía yo que allí se pudieran aprender también idiomas!

Una rabia tremenda

Aquella noche el pequeño vampiro se hacía esperar. Anton iba una y otra vez a la ventana y miraba ansiosamente a ver si venía..., hasta que, por fin, descubrió una pequeña figura negra que se acercaba volando.

—¡Rüdiger! —dijo aliviado—. Ya pensaba que no venías.

—Tampoco le ha faltado mucho —gruñó el vampiro deslizándose hasta el interior de la habitación—. ¡En nuestra casa se ha venido todo abajo! Imagínate: alguien ha intentado cegar nuestra cripta y tía Dorothee casi se rompe la crisma.

—¿Qué? —exclamó sorprendido Anton.

Rüdiger asintió.

—Nuestro agujero de entrada estaba bloqueado con una raíz de árbol. Tía Dorothee, que fue la primera que iba a salir volando, no la vio y se pegó en la cabeza contra ella.

Anton se tapó la boca con la mano.

—¿Se... pegó contra la raíz del árbol? —Aquella posibilidad ni siquiera se le había ocurrido—. ¿Y se hizo mucho?

Rüdiger se rió irónicamente.

—Bueno... Tiene un chichón, dolor de cabeza..., ¡y una rabia tremenda!

—¿Rabia? ¿Contra quién? —preguntó temblando Anton.

—Naturalmente, contra quien ha metido la raíz en el pozo. —Hizo una pausa antes de añadir en tono confidencial—: ¡Le va a destrozar a mordiscos!

—¿So... sospecháis ya de alguien?

—¡Creemos que ha sido Geiermeier!

—¿Geiermeier?

—Sí. ¿Quién va a haber sido si no?

—Qui... quizá Schnuppermaul —tartamudeó Anton.

—Bah, ése... —Rüdiger hizo un ademán despectivo—. Ese no cogería una raíz de árbol sucia... ¡por miedo a estropear sus cuidadas uñas!

Al oír la palabra «uñas» Anton se miró lleno de aprensión sus propias manos... y se quedó helado: ¡seguía teniendo negra tierra del cementerio debajo de las uñas!

Metió súbitamente las manos en el bolsillo del pantalón. Pero el pequeño vampiro estaba demasiado excitado como para interesarse por las uñas de Anton.

—¿Has estado esta tarde en el cementerio? —preguntó.

Anton asintió.

—Geiermeier casi me atrapa cuando...

Anton se detuvo asustado. A punto había estado de descubrir que había sido él.

—¿Cuando qué? —exclamó impaciente el vampiro.

—Cuando iba a ver el bulldozer.

—¡Bulldozer, bulldozer! —le remedó enfadado el vampiro—. Que tienen un bulldozer ya lo sé yo también. ¿No te has enterado de nada más?

—No —dijo Anton—. Sólo de que han aplanado toda la parte trasera del cementerio.

—¡Eso también lo he visto yo! —exclamó irritado el vampiro.

—Y venía en el periódico —se le ocurrió a Anton.

—¿El qué?

—Que a Geiermeier le han dado cinco mil marcos para dejar el cementerio per...

Anton prefería no decir «perfecto» para no poner más colérico aún al vampiro.

Pero antes de que a Anton se le ocurriera una palabra más adecuada vino el vampiro en su ayuda:

—¡Dejar el cementerio perdido, querrás decir!

—¡Exacto! —asintió Anton.

Se hizo una pausa. Se oía el ruido de la televisión procedente de la sala de estar.

—¿Y cómo vais a seguir ahora adelante? —preguntó Anton con voz opaca.

—¿Nosotros? —dijo el vampiro.

Su rostro, pálido como el de un muerto, con los pómulos hundidos y las oscuras ojeras, pareció de repente muy cansado.

—Ya saldremos adelante de alguna manera. Siempre hemos salido adelante de alguna manera —dijo con voz apagada. Tristemente añadió—: ¡No te creas que ésta va a ser la primera vez que nos mudamos los vampiros!



—¿Os vais a mudar? —inquirió asustado Anton.

—¿Tú te crees que vamos a esperar a que la cripta quede completamente cegada?

—¡No! —dijo Anton tragando saliva—. Pero no pensaba que fuera a ser tan pronto...

—Tan pronto tampoco va a ser —repuso el vampiro dirigiéndose a la ventana—. Además, todavía nos queda la salida de emergencia. Y luego hoy se reúne el Consejo de Familia. Después ya veremos.

—¿El Consejo de Familia? ¿También está en él Anna?

—Naturalmente.

—¿Y sus ojos? ¿Los tiene ya bien?

—Sí. Lumpi ha descubierto un remedio mágico para ella.

—¿De veras?

—Sí. Estuvo volando toda la noche, según nos ha contado, buscando y preguntando por todas partes hasta que, finalmente, en casa de un pobre y viejo herbolario encontró el último frasco que quedaba de un antiquísimo remedio milagroso. Se llama lágrimas del diablo o algo parecido.

—¡Así que... en casa de un pobre y viejo herbolario!, ¿eh? —dijo Anton—. ¡Pero lo principal es que haya sido eficaz!

—Ahora tengo que marcharme —declaró el pequeño vampiro—. Quizá necesiten mi ayuda.

—Lástima que yo no pueda ayudarlos —opinó Anton.

—Sí que podrías —contestó el vampiro contrayendo sus labios estrechos y exangües. Recorrió con una ávida mirada el cuello de Anton.

—¡No, no me refería a eso! —tartamudeó Anton, a quien se le había puesto la carne de gallina.

—Bueno, pues entonces... —dijo el vampiro, se subió al alféizar de la ventana y extendió los brazos por debajo de la capa.

—¡Vuelve pronto! —le gritó Anton.

El pequeño vampiro no respondió. Salió de allí volando sin un saludo de despedida y sin volverse.

Anton cerró la ventana y empezó a ponerse el pijama. Lo hizo lentamente, de una forma casi mecánica. Pensó en los vampiros lleno de compasión.

¡Qué miserable era su existencia! No era sólo que tuvieran que vivir en eterna oscuridad, sino que eran perseguidos en todas partes. Y cuando por una vez encontraban un sitio tranquilo, no pasaba mucho tiempo hasta que alguien iba y los echaba. Y tenían que temer siempre por sus vidas.

Anton notó cómo le corrían las lágrimas por la cara, pero no se las secó. Se acercó a la ventana y miró afuera en la noche. Allí fuera, en alguna parte, estaba el pequeño vampiro..., ¡quizá en peligro!

Anton oyó pasos que venían del pasillo, luego se abrió la puerta.

—¿Todavía estás despierto? —preguntó sorprendida su madre entrando en la habitación—. ¿Por qué no estás en la cama?... ¡Y tampoco has echado las cortinas! —añadió en tono de reproche.

—No podía dormir —murmuró Anton.

—¿Y por qué no? —inquirió ella.

—Tenía algo en que pensar —dijo Anton frotándose los ojos.

—¡Tenías algo en que pensar, ya, ya! —La voz de ella sonó irritada—. ¡Probablemente has estado pensando en lo que vas a contarle mañana al psicólogo!

Anton le dirigió una hosca mirada por el rabillo del ojo.

—Probablemente —gruñó él.

—¡Pero no intentes quedarte con él! —le advirtió ella.

—¿Quedarme con él? —murmuró Anton—. ¡Me quedaría mejor con un vampiro! —Y con voz triste y baja añadió—: En caso de que para entonces no se haya marchado ya.

—¿Se va a marchar? —repitió anonadada su madre..., y luego se rió estridentemente—. ¡Ay,

Anton, eso sería maravilloso!

—Sí —dijo Anton haciendo rechinar los dientes—. ¡Para ti!

—Para todos nosotros —repuso ella—. Pero eso tú ahora todavía no lo puedes comprender.

Dicho esto se marchó.

—¿Comprenderlo? —dijo Anton, y se echó en su cama sollozando—. No, no puedo comprenderlo. ¡No lo quiero comprender!

En el psicólogo

Cuando Anton encendió adormilado su radio a la mañana siguiente aún pudo oír la última parte de las noticias: «...*completamente inhabitual para esta época del año. Durante la pasada noche las temperaturas descendieron por debajo de los 0 °C. Como consecuencia de la lluvia congelada las calles están ahora como un espejo. La policía ruega a todos los automovilistas que utilicen los medios de transporte públicos.*»

De repente Anton se encontró completamente despierto. Lluvia congelada, calles como un espejo: ¡aquello le sonaba a música celestial! Pues desde que su madre se chocó contra un árbol en una calzada helada prefería quedarse en casa cuando el suelo estaba helado y resbaladizo.

¿Renunciaría bajo estas circunstancias a la cita con el psicólogo?

Anton se vistió rápidamente y se fue a la cocina. Sus padres estaban sentados a la mesa tomando café. Sonaba música en la pequeña radio que había encima del armario de la cocina.

—¿Habéis oído ya la información sobre el tráfico? —preguntó—. ¡Dicen que las calles están heladas como un espejo!

—Sí. Yo iré al colegio en el autobús —declaró su madre.

A Anton le latió el corazón más deprisa.

—Y..., ¿esta tarde?

Ella se echó a reír secamente.

—¡Tú seguro que te crees que de esta forma te vas a librar de la visita al psicólogo!, ¿eh?

—Bueno... —dijo Anton riéndose disimuladamente con ironía—. Yo lo único que quería era evitar que vuelvas a chocar contra un árbol.

Ella le dirigió una mirada mordaz.

—¡Gracias! Pero iremos en el autobús.

—¿En el autobús? ¿No habías dicho que el psicólogo vive lejísimos?

—¿Y qué? —dijo ella simplemente—. Ya llegaremos de alguna forma.

De alguna forma...: ¡tenía razón! Después de un viaje casi interminable a través de la ciudad cogiendo dos autobuses diferentes y un taxi llegaron ante una casa grande y anticuada en cuya planta baja tenía su consulta el psicólogo.

En la puerta de entrada ponía:

*«Jürgen Schwartenfeger ^[2]
Asesoría matrimonial, Terapia infantil»*

—Bueno, por lo menos el nombre es gracioso —gruñó Anton.

Se sentía como si fuera al dentista..., sólo que aún peor. Al menos en el dentista ya sabía de antemano qué cosas desagradables le esperaban: empastar..., o que le pusieran una inyección...

Por el contrario en el picoloco...

—¡Deberías haber traído a papá! —le dijo a su madre.

Estaba pálida y nerviosa..., ¡como si fuera a ella a quien le iban a preguntar!

—¿A papá? ¿Por qué? —preguntó distraída apretando el antiguo timbre de la puerta.

—¡Porque ahí pone asesoría matrimonial! —contestó riéndose irónicamente.

—¡Bah! —exclamó ella indignada.

Se acercaron unos pasos y después les abrió la puerta una mujer gruesa con un moño moreno.

—¡Buenas tardes! —saludó ella sonriendo con tanta amabilidad que Anton olvidó por un momento su aversión por los psicólogos.

—¡Bohnsack! Tenemos hora —dijo la madre de Anton un tanto enérgicamente.

La mujer asintió.

—¡Pasen, por favor! Mi marido les está esperando.

«¿Su marido?», pensó Anton sorprendido y contento. Entonces el señor Schwartenfeger no sería tan repugnante como él se había temido.

El señor Schwartenfeger era alto y muy gordo. En lugar de una bata blanca llevaba un jersey que se abombaba por encima de su estómago y un alisado pantalón de fibra. Tenía bigote y numerosas arruguitas alrededor de los ojos.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó con una voz grave y agradable mirando expectante a Anton.

—Ejem... —murmuró Anton mirando hacia su madre—. ¿No se lo ha dicho mi madre? —intentó excusarse.

El señor Schwartenfeger sonrió.

—Sí. Pero me gustaría que me lo dijeras tú.

—Humm. Sí, bueno, pues yo...

Anton se había preparado interiormente para contestar preguntas..., pero no para contar algo por su cuenta.

—¡Habla de una vez! —exclamó impaciente su madre—. ¡Tú normalmente no tienes pelos en la lengua!

Anton apretó indignado los labios.

—No atosigue a Anton —dijo el señor Schwartenfeger.

«¡Exacto!», corroboró Anton con el pensamiento. Estiró el mentón con petulancia.

—Creo que preferiría hablar a solas con el señor Schwartenfeger —dijo.

Su madre soltó un ruido de indignación y se levantó bruscamente.

—¡Bien, si molesto...!

—¡Naturalmente que no molesta! —opuso el señor Schwartenfeger—. Pero quizá sea muy provechoso que hable primero con Anton a solas.

—Si usted lo cree...

La madre de Anton salió de la habitación.

El personaje principal

Anton observó con una satisfecha sonrisa irónica cómo se marchaba. Luego cruzó las piernas.

—¡Ha tenido usted una buena idea! —dijo.

—¿Qué?

—¡Mandar fuera a mi madre!

—¡Pero si ha sido idea tuya!

—Bueno... —Anton tuvo que reírse maliciosamente—. Pero yo no hubiera pensado que se lo iba a decir usted así. Ahora seguro que está ofendida.

—No, no lo creo —repuso el señor Schwartenfeger—. Pero aun cuando así fuera... ¡tú eres aquí el personaje principal!

Anton sintió un estremecimiento cálido y placentero. Ser el personaje principal: ¡aquello sonaba muy prometedor!

—¿Y mi madre? —preguntó—. ¿No es un personaje principal?

—Sí..., ¿qué papel representa tu madre? —preguntó a su vez el señor Schwartenfeger.



—¡Uno malo! Está en contra de todo lo que a mí me divierte: en contra de mis libros, en contra de la televisión... y también en contra de mis amigos.

—Pero ella sólo tiene algo en contra de determinados libros, ¿no? —objetó el psicólogo.

—¡En contra de mis libros favoritos! —exclamó airado Anton.

—¿Y cuáles son tus libros favoritos?

—Drácula, Frankenstein..., todos los de intriga y terror.

—¿Y qué tiene tu madre en contra de ellos?

—Ella dice que no son libros valiosos.

—¿Valiosos? —repitió dubitativo el señor Schwartenfeger—. ¿Acaso cada persona no considera valioso algo diferente?

—¡Exacto! —asintió Anton—. Y a mí lo que me gusta son los libros de terror.

—¿Qué es lo que más te gusta de ellos?

—Que son apasionantes. Y además creo que en todo ser humano se esconde algo malo...

Anton se interrumpió. De repente tenía la sensación de haber dicho ya demasiado.

—Y los libros tratan de ese mal que se esconde en todos nosotros, ¿no es cierto? —dijo el señor Schwartenfeger.

—Sí —confirmó Anton poniéndose colorado.

—¡Eres un chico que observa muy atentamente el mundo y las personas que le rodean! —El señor Schwartenfeger puso una cara seria, casi solemne—. Y reflexionas sobre muchas cosas; eso me gusta. —Anton notó cómo volvía a acalorarse—. Pero, ¿no podría ser que a veces piensas demasiado?

—¿Cómo..., demasiado? —preguntó sin comprender Anton.

—Quiero decir que con ello podrías olvidarte de jugar con otros niños.

Anton le miró con los ojos muy abiertos.

—No lo entiendo.

—Tu madre habló de que no tienes verdaderos amigos.

—¿Que no tengo verdaderos amigos? —se indignó Anton—. ¡Los tengo, y además muy buenos!

—Pero ella dice que tú te quedas a menudo solo en tu habitación.

Anton adelantó con obstinación el labio inferior.

—Es que mis amigos no siempre tienen tiempo. Tienen que trabajar.

—¿Trabajar? —preguntó el señor Schwartenfeger con sumo interés—. ¿Tienen que repartir periódicos?

—Sí, algo parecido —contestó Anton logrando no reírse maliciosamente.

—Ah, vaya —dijo el señor Schwartenfeger.

Permanecieron en silencio unos instantes. El señor Schwartenfeger hizo un pequeño ruido con su cuaderno de notas y luego dijo:

—Aquí hay otra cosa. Tu madre me ha contado que tú conoces a vampiros.

Anton intentó mantenerse completamente tranquilo.

—¿Vampiros? —dijo con marcada indiferencia.

—Sí. —El señor Schwartenfeger le miró escrutándole—. ¿Es cierto?

—¿Es que cree usted en vampiros? —preguntó a su vez Anton.

El señor Schwartenfeger balanceó circunspecto la cabeza de un lado a otro.

—Yo lo expresaría de esta forma: me interesan los vampiros. —Abrió un cajón y sacó una

gruesa carpeta—. ¿Sabes una cosa? He elaborado un programa didáctico para personas que sufren de fobias.

—¿De qué?

—De fobias. Así se llama a un miedo enfermizo a determinadas personas o cosas. El pánico a las arañas, por ejemplo, es una fobia. Y yo quiero ayudar a estas personas con mi programa a que pierdan sus miedos.

—Aja —dijo Anton.

—Ya lo he empleado con éxito en muchos pacientes. Tu madre ahora me ha dado la idea de probarlo también con vampiros.

—¿Con vampiros? ¿Y por qué?

—Porque tienen una aversión casi insuperable a la luz del día. ¡Si consiguiera curarles de eso, sería algo sensacional!

—¿Y eso sería posible?

El señor Schwartenfeger señaló orgulloso su carpeta.

—Con mi programa... —dijo.

—Pero... pero yo no conozco a ningún vampiro —contestó apresuradamente Anton.

«¡A ninguno que fuera a un psicólogo!», añadió con el pensamiento... y además con ello había dicho incluso la verdad.

—¿No conoces a ninguno? —En el grueso y colorado rostro del psicólogo se reflejaba la decepción—. Pero tu madre...

—¡Sí, mi madre! —le quitó la palabra Anton—. Ella sí que tiene una fo..., fo...

—¿Fobia? —le ayudó el señor Schwartenfeger.

—¡Sí, eso! ¡Es auténticamente enfermizo cómo ve vampiros por todas partes! —Se levantó de pronto y corrió hacia la puerta—. ¡Pregúntele, pregúntele usted mismo!

—Bueno, si tú quieres... —contestó el señor Schwartenfeger—. Entonces, haz pasar a tu madre.

Helado y orejas coloradas

La madre de Anton estaba sentada en una pequeña sala de espera al otro extremo del pasillo, hojeando una revista, cuando entró Anton.

—¡Te toca! —le anunció él.

—¿A mí?

—Sí. El señor Schwartenfeger quiere hablarte de tu fobia con los vampiros.

—¿De qué?

Ella le miró sorprendida.

—De tu miedo enfermizo a los vampiros. Precisamente ha desarrollado un programa en contra de eso.

—¿Un programa... para mí?

Perpleja e incrédula se dirigió a la puerta.

—¡Mucha suerte! —le gritó Anton.

Tardó casi media hora en volver.

—¿Qué? ¿Qué tal? —preguntó Anton con curiosidad.

Pero ella sólo sacudió la cabeza.

—Vamonos —dijo ella.

Por el camino hacia la parada de taxis preguntó de repente:

—¿Te apetece un helado? Allí arriba hay un café.

—¿Helado? ¿Con este tiempo? —se sorprendió Anton.

¡Ella siempre afirmaba que los helados eran sólo para el verano!

—Me gustaría tomarme un café —dijo ella—, y si tú quieres un helado...

—¿Yo? ¡Por supuesto! —se rió maliciosamente.

Diez minutos después Anton tenía delante una enorme copa de helado con frutas y nata.

«¡Por lo menos en aquel aspecto la visita al picoloco ha merecido la pena!», pensó metiendo la cuchara en su helado mientras su madre se tomaba a sorbos cortos y rápidos su café.

Cuando ella terminó se echó para atrás suspirando.

—El señor Schwartenfeger me ha dicho muchas cosas sobre ti —empezó a hablar.

—¿Sobre mí?

Anton levantó la vista de su helado con una mala sensación, pero su madre estaba sonriendo.

—Sí. Piensa que no tenemos que estar preocupados por ti en absoluto. Ha dicho que eres un chico muy despierto y que para tu edad sabes ya muchísimas cosas sobre la naturaleza del ser humano. Dices abiertamente lo que piensas y eso le ha gustado. Ha dicho que sería estupendo que todos los niños hicieran eso.

Anton notó cómo se le ponían las orejas coloradas.

—De todas formas, también ha hecho un par de observaciones críticas —añadió carraspeando.

Anton tragó saliva: ¡después de tanta alabanza ahora venía probablemente lo peor!

—Pero se refieren más bien a papá y a mí.

—¿Cómo que... a papá y a ti?

—Bueno, hay algunas cosas que... Cuando salimos fuera por las noches, por ejemplo. El señor Schwartenfeger piensa que tú todavía eres un poco pequeño para quedarte solo todos los sábados por la noche.

—¿Demasiado pequeño? ¿Yo? —exclamó indignado Anton.

—Sí. Ha propuesto que quizá deberíamos buscarnos una «baby-sitter».

—¿Una «baby-sitter»? ¿Para mí?

¡Aquello era realmente el colmo!

—Naturalmente no en el sentido literal de la palabra —dijo su madre—. Tú ya no eres un bebé. Pero quizá una estudiante simpática con la que puedas jugar o ver la televisión u oír música..., lo que te apetezca.

—Yo no necesito una celadora —dijo colérico Anton.

Su madre sonrió.

—Seguramente te tendrás que hacer primero a la idea.

—¿Hacerme a la idea? —exclamó Anton—. ¡Vosotros os debéis creer que yo cada dos semanas me acostumbro a algo nuevo... que a vosotros os convenga! ¡No, gracias, ahora me he acostumbrado a quedarme solo!

Su madre puso cara de perplejidad.

—No discutamos —dijo ella mirando a las dos señoras mayores que eran los únicos clientes restantes del café. Hicieron como si estuvieran ocupadísimas partiendo sus grandes porciones de tarta..., pero seguro que lo habían oído todo.

—¡Las demás cosas las hablaremos en casa! —dijo en voz baja la madre de Anton.

—¿Qué demás cosas? —dijo enojado Anton dándole absolutamente igual si alguien le oía o no—. ¡Para mí ya es suficiente con que vaya a tener una «baby-sitter»!

Pero a todas luces su madre estaba decidida a no perder la tranquilidad.

—¡Tú espérate primero a ver qué tal va la cosa! —dijo imponiendo calma. Y luego preguntó—: ¿Quieres pedir algo más? ¿Un trozo de tarta? ¿Una taza de chocolate?

—No —gruñó Anton..., anonadado por su repentina generosidad—. ¡Ya no puedo más!

El viaje de vuelta no resultó siquiera un poco mejor que el de ida. Sólo una cosa fue diferente: la madre de Anton se esforzó sobremanera por ser amable con él. En un quiosco le compró un tebeo a Anton, a pesar de que hasta entonces siempre había sido de la opinión de que aquellos cuadernos sólo eran «basura» y no servían más que para sacar el dinero a los niños... y a los padres. Y cuando a Anton le entró sed por el camino le dejó —para celebrar el día, como ella dijo— tomarse una coca-cola. En este sentido Anton no estaba del todo descontento con los efectos de la visita al psicólogo.

Pero seguía quedando una sensación desagradable: por las «demás cosas» de las que ella le iba a hablar. Y por Anna y Rüdiger.

Cuando el autobús en el que iban pasó al lado del cementerio y Anton vio el blanco muro del mismo y el portón de entrada, le atravesó una especie de sacudida eléctrica.

La tarde había sido tan ajetreada que apenas había tenido tiempo de pensar en los vampiros y en el peligro que les amenazaba.

¡Hubiera deseado bajarse en la parada siguiente!

Intentó atisbar la parte trasera del cementerio, pero los altos abetos le impedían la vista.

De cualquier modo, le tranquilizó la idea de que también los trabajos en el cementerio se habían visto afectados por la repentina helada. Si allá fuera helaba, no se podía seguir removiendo la tierra, ¿o sí?

¿Acaso tendrían que suspender ahora los trabajos de acondicionamiento hasta la primavera? ¿Y acaso podrían los vampiros quedarse en su cripta hasta entonces? ¡Ay, eso sería demasiado maravilloso!

—¿En qué piensas? —preguntó la madre de Anton que iba sentada a su lado en el autobús y le observaba.

—¿Que en qué pienso? —Anton retiró la vista de la ventana—. En mi cama.

Ella se rió.

—Esta es la primera vez que te oigo decir eso.

—Estoy muerto de cansancio —dijo Anton bostezando—. Cuando llegemos a casa me voy a meter inmediatamente en la cama.

«¡...y esperaré al pequeño vampiro!», añadió con el pensamiento.

—¡La tarde realmente ha sido agotadora! —corroboró su madre—. Para mí también. Mejor será que continuemos nuestra conversación mañana, ¿vale?

Anton asintió aliviado.

Llegados ya a su casa, él se lavó como los gatos, dio las buenas noches a sus padres y se tumbó en la cama..., con su libro preferido, , para mantenerse despierto.

Palpitos de corazón

Sin embargo, al parecer, se había quedado dormido, pues de repente un ruido le sobresaltó. Parpadeó y descubrió una pequeña sombra negra en la ventana.

—¡Rüdiger! —exclamó.

Se apresuró contento hacia la ventana y la abrió.

—¡Creo que tú necesitas gotas para los ojos! —contestó una voz clara.

—¡Anna! —dijo Anton poniéndose más y más colorado..., porque la había confundido con Rüdiger y porque estaba delante de ella con su viejo pijama gastado.

—¿Puedo entrar? —preguntó con una tímida sonrisa.

—Sí, naturalmente —dijo echándose a un lado.

Con agilidad entró de un salto en su habitación. Seguía teniendo un aspecto enfermizo y su apariencia exterior no era tan cuidada como otras veces. Pero incluso con el pelo desgredado y su agujereada capa la encontró tan adorable que empezó a palparle el corazón.

—¿Están tus padres? —preguntó ella mirando preocupada hacia la puerta.

—Sí. Seguro que están en la sala de estar hablando sobre mí.

—¿Sobre ti? —Ella le miró sonriendo con picardía—. Me gustaría poder escucharles.

—¿Por qué?

—¡Seguro que sólo dicen cosas buenas sobre ti!

—No lo creo —opinó Anton.

—¿No? —Ella puso cara de incredulidad—. A mí sólo se me ocurrirían cosas buenas de ti... ¡Buenas y cariñosas!

Anton volvió a ponerse colorado. Para cambiar de tema preguntó:

—¿Qué tal tus ojos?

—Los tengo mejor..., gracias a Lumpi.

—Lumpi, ya, ya —dijo burlándose Anton.

Anna le lanzó una mirada provocativa.

—No tienes ninguna razón para hablar mal de Lumpi. ¿O es que acaso pudiste encontrarme tú las lágrimas del diablo? —Y antes de que él pudiera decir algo ella añadió—: ¿Qué? ¿Lo ves? ¡Pero Lumpi sí las consiguió! Estuvo volando toda la noche por mí, buscando por todas partes las lágrimas del diablo. Y al final...

—... en casa de un pobre y viejo herbolario encontró el último frasco que quedaba de un antiquísimo remedio milagroso. ¡Sí, sí, ya lo sé! —le cortó la palabra Anton.

—¿Cómo lo sabes?

—Rüdiger me ha contado el cuento.

—¿Cuento?

—¡Por supuesto! Fui yo quien le dio a Lumpi el frasquito de «Tu»... Bueno, de las lágrimas del diablo.

¡Le había faltado un pelo para equivocarse y decir «Tulli-Ex»!

—¿Tú? —preguntó asombrada Anna.

Ella se mordió los labios y Anton pudo casi ver cómo trabajaba su cabeza.

—¡Si eso es cierto, Lumpi se ha librado injustamente del Tour del Ataúd! —exclamó ella.

—¡Naturalmente que es cierto! —se defendió Anton..., indignado de que ella no le dijera una palabra de disculpa ni le diera las gracias por las gotas. ¿Acaso era que se sentía demasiado confusa?—. ¿Qué es un Tour del Ataúd? —preguntó—. ¿Y qué quieres decir con eso de que se ha librado?

Anna respiró hondo un par de veces.

—Por eso he venido aquí precisamente, para contártelo todo. —Hizo una pausa—. Pero me cuesta tanto... —susurró volviéndose hacia la ventana.

Anton vio cómo se estremecían sus estrechos hombros. ¿Estaría llorando?

Para consolarla dijo:

—La helada seguro que continuará. Quizá Geiermeier y Schnuppermaul tengan que suspender sus planes de embellecimiento hasta la primavera. ¿No sería estupendo?

—Demasiado tarde —repuso insensible.

—¿Cómo que demasiado tarde? —preguntó Anton, y su voz tembló.

—¡Porque el Tour del Ataúd ya ha comenzado!

Se volvió de nuevo hacia Anton. Sus grandes ojos chispeaban húmedos.

—Tú y yo nunca nos perderemos el uno al otro —dijo ella en voz baja.

Luego sonrió otra vez y se dirigió a la ventana.

—¡Espera! —exclamó Anton—. ¡Tengo que saber qué va a pasar con vosotros ahora!... Con nosotros —añadió tragando saliva.

Anna se subió al alféizar de la ventana. Sin mirarle dijo:

—Nos mudamos a las ruinas del Valle de la Amargura. Eso es lo que decidió ayer el Consejo de Familia. Esta noche se llevarán allí los primeros ataúdes.

—¿A pie? —preguntó Anton.

El ya había estado una vez con el pequeño vampiro en una fiesta de vampiros en el Valle de la Amargura y al ir volando hacia allá Rüdiger le dijo la distancia que había hasta las ruinas: ¡cincuenta kilómetros!

—No, vamos volando —contestó Anna—. Cada vez dos vampiros cogen un ataúd en medio y salen volando con él. Esto es lo que nosotros llamamos Tour del Ataúd.

—¿Y eso lo hacen todos los vampiros?

Ella sacudió la cabeza.



—Yo aún me tengo que recuperar, ha dicho mi abuela, Sabine la Horrible. Y Lumpi se ha librado... como premio por haber conseguido las lágrimas del diablo. —Ella se rió amargamente—. Y yo ni siquiera puedo demostrar que nos ha engañado a todos. ¡Pues si lo hiciera tendría que admitir que las gotas son tuyas!

—¡Oh, no, eso no lo digas! —balbució Anton.

—¡No temas!

Ella sonrió.

Lentamente movió sus brazos arriba y abajo e inmediatamente empezó a flotar.

—Que te vaya bien —dijo ella.

—Pero nos volveremos a ver, ¿verdad? —exclamó él desconcertado.

—Sí —dijo ella mirándole con ternura—. Mañana..., ¡si todo va bien!

Luego salió de allí volando apresuradamente.

Sinfonía del horror

—¡Tenemos una sorpresa para ti! —le comunicó la mañana siguiente su madre durante el desayuno.

—Ah, ¿sí? —dijo él solamente.

¡Su cupo de sorpresas ya estaba agotado!

—¿Es que no quieres saber de qué se trata? —preguntó su padre.

—Si no hay más remedio...

Su padre se rió con buena intención.

—Queremos invitarte al cine..., hoy, a la sesión de las seis.

—¿Al cine? ¿Hoy? —preguntó sorprendido Anton.

—¿Por qué no? —dijo su madre como si aquello fuera lo más normal del mundo. En tono misterioso añadió—: ¡Ponen una película de terror!

—¿Una pe... película de terror? —tartamudeó Anton.

Aquella noche no quería abandonar su habitación bajo ninguna circunstancia..., ni siquiera por la película de terror más estupenda del mundo.

Su madre cogió el periódico del armario de la cocina y leyó en voz alta:

—«Nosferatu. Una sinfonía del horror. Filmada en 1922 por Friedrich Wilhelm Murnau»...

¿No es esto para ti? —preguntó.

—Sí... —murmuró él.

Su mirada fue a dar en la cartera del colegio, en la que aún estaba la ropa de deporte del día anterior. ¡Aquello le dio una idea!

—No puedo ir hoy al cine —dijo con voz firme.

—¿Y por qué no? —quiso saber su padre.

—Porque mañana es nuestra fiesta deportiva —contestó—. ¡Y quiero estar en forma!

Realmente odiaba aquello de «en forma», pero en esta ocasión lo dijo con auténtico gusto. Sabía bien lo mucho que hacían sus padres por mantenerse «en forma»: largos paseos, comida sana...

Vio cómo intercambiaban una mirada.

—En realidad no habíamos pensado en eso —dijo la madre de Anton.

—¡Y ya que ahora te has vuelto tan deportista —completó su padre—, desde luego la fiesta deportiva es más importante!

Anton se rió maliciosamente para sus adentros.

—Además, al señor Schwartenfcger le pareció muy favorable que ahora te intereses por el deporte —dijo su madre.

Anton levantó la vista de su plato de cereales.

—¿Y por qué? ¿A él qué le importa eso? —preguntó de mal humor.

—También hemos estado hablando de tus aficiones —contestó ella—. Y él me ha aconsejado...

—¡Ponerme una «baby-sitter», ya lo sé! —la interrumpió colérico Anton.

Sin dejarse confundir ella continuó:

—... me ha aconsejado que hagamos algo juntos más a menudo..., algo que a ti te guste. Y por eso queríamos ir esta noche contigo al cine.

—El señor Schwartenfeger más vale que se cuide de sus propios asuntos —gruñó Anton.

En secreto, sin embargo, estaba impresionado. ¡El picoloco parecía tener opiniones bastante útiles!

—¿Y qué más ha dicho? —preguntó.

—Le gustaría que papá y yo fuéramos juntos a su consulta —dijo ella.

Anton estuvo a punto de atragantarse.

—¡Ya lo sabía yo! —dijo reventando de risa.

—¿El qué? —preguntaron al unísono sus padres.

—¡Asesoría matrimonial! —se rió entre dientes Anton—. Ahora os toca el turno a vosotros.

—Muy gracioso —dijo malhumorado su padre.

—Sí, realmente muy divertido —corroboró la madre de Anton en tono avinagrado.

—Pues entonces reíros —dijo Anton colgándose la cartera a los hombros.

Fuera comprobó con espanto que hacía más calor. «¡Maldita sea!», pensó. ¡Entonces seguro que reemprenderían los trabajos en el cementerio! De repente a Anton le entraron serias dudas de que a los vampiros todo les fuera bien en su traslado al Valle de la Amargura.

Si al menos fuera ya de noche...

La última vez

Nervioso, tenso, Anton esperó en su habitación a que, finalmente, fuera de noche. En cuanto empezó a oscurecer abrió de par en par la ventana y estuvo mirando con atención hacia fuera..., pero no vio ningún vampiro. ¿Acaso era aún demasiado pronto? Dejó la ventana entreabierta y se sentó en la cama. Allí encendió la lámpara e intentó leer. Pero estaba demasiado inquieto y preocupado como para concentrarse en lo que acontecía en el castillo del Conde Drácula.

Miraba una y otra vez a la ventana. ¿Qué haría si no viniera Anna? ¿Debería ir solo al cementerio? Al fin y al cabo aún tenía la capa de vampiro...

Llamaron a la puerta y eso interrumpió sus reflexiones.

—¿Anton? —oyó que decía la voz de su madre.

—¿Qué pasa? —inquirió de mal humor.

—Te he preparado un vaso de zumo de naranja —contestó ella entrando en la habitación—.

¡Recién exprimido! ¡Para mañana!

—¿Para mañana? —gruñó—. Para entonces se habrá estropeado.

Ella se rió.

—Tienes que bebértelo ahora para estar mañana en forma en la fiesta deportiva.

—¡Yo siempre estoy en forma!

Lo dijo de una manera marcadamente desabrida para obligarla a marcharse. Pero desde la visita al psicólogo ella tenía una paciencia y un aguante casi angelicales.

—Venga, bebe ya, viejo gruñón —respondió ella colocando el vaso en su escritorio.

Al hacerlo se dio cuenta de que estaba abierta la ventana.

—¿Cómo es que tienes la ventana abierta? —exclamó ahora ya algo menos paciente—. ¿Te crees que ponemos la calefacción para los pájaros de ahí fuera?

—¿Para los pájaros? —dijo Anton riéndose maliciosamente—. ¿Por qué no? Nuestro profesor de biología siempre nos dice: «No os olvidéis de vuestros amigos alados.»

Su madre soltó un sonido de indignación y cerró la ventana.

—¡Eh! —protestó Anton—. ¿No sabes tú que los ejercicios gimnásticos hay que hacerlos con aire fresco?

—¿Ejercicios gimnásticos? —repuso ella mordaz—. ¿En la cama y con un libro? ¡Eso como mucho será gimnasia para las pupilas!

Anton reprimió la risa.

—Podrá hacer uno un descanso para respirar un poco, ¿no?

Cerró su libro y se puso de pie. De repente tenía la sensación de que no podía aguantar más aquello de estar sin hacer nada con aquella espera que le destrozaba los nervios. Prefería ir al cementerio y ver por sí mismo qué era lo que pasaba.

—Creo que voy a seguir entrenándome fuera —dijo.

—¿Fuera? —Su madre miró sorprendida hacia la ventana—. ¡Pero si ya se está haciendo de noche!

—Hace poco tampoco tuvisteis nada en contra... Y, además, ésta será la última vez.

—¿La última vez? —preguntó incrédula.

—¡Sí! La fiesta deportiva es mañana.

Ella vaciló.

—Está bien —dijo después volviéndose para marcharse—. ¡Pero no estés mucho tiempo fuera!

—Seguro que no.

—¡Y no te olvides de tomarte el zumo de naranja!

Pero Anton tenía otras cosas en la cabeza: apenas se hubo marchado ella, sacó del armario la capa de vampiro, la ocultó debajo de su jersey y salió corriendo al pasillo.

—¡Hasta luego! —exclamó cerrando tras él la puerta de la vivienda.

Cuando llegó abajo Anton no perdió el tiempo haciendo estúpidos ejercicios gimnásticos. Sin volver la vista echó a correr y no se detuvo hasta que no vio ante sí el viejo muro del cementerio.

Allí se puso la capa de vampiro..., ¡por si las moscas!

Luego miró con atención a su alrededor y escuchó si había algún ruido inusual. Como no oyó nada saltó el muro con un valor tremendo.

El rey de las ranas

Aterrizó en una superficie aplanada y pelada. «¡Y esto es lo que ha quedado de la parte más bonita del cementerio!», pensó lleno de indignación y amargura. Habían desaparecido los numerosos matorrales pequeños tras los cuales se había escondido tan a menudo, y también la alta hierba entre la cual se había deslizado y en donde un día había descubierto las lápidas en forma de corazón de los vampiros.

Sólo habían respetado un par de árboles grandes..., por suerte también el abeto que se erguía sobre el agujero de entrada.

¿Aún estaría el pozo totalmente cubierto de tierra?... ¿O lo habrían descubierto Geiermeier y Schnuppermaul y lo habrían dejado libre? ¿Acaso lo habrían vuelto a abrir los propios vampiros..., para su Tour del Ataúd?

¡Lo primero que tenía que hacer Anton era convencerse por sí mismo de ello!

Se pasó la capa por encima de la cabeza de tal forma que sólo asomaban sus ojos y su nariz y corrió hasta el abeto. Allí se quedó parado y examinó el suelo. Pero nada indicaba en aquel lugar la entrada a una cueva subterránea. Anton no vio ningún agujero de entrada, ningún pozo..., sólo tierra de cementerio negra y removida.

¡O sea, que los vampiros ahora sólo utilizan su salida de emergencia, allí arriba, junto a la vieja capilla!

Anton levantó la cabeza y miró en dirección hacia la capilla. Su picudo tejado en forma de cono se perfilaba claramente contra el cielo de la noche.

Anton descubrió otra cosa más: los contornos de las dos máquinas de construcción, que estaban junto a la capilla. Parecían dos grandes y amenazadores saurios... ¡Brrrr! ¡Menos mal que no podían ser un peligro para Anton mientras nadie estuviera sentado al volante! A pesar de ello pasó a su lado con una sensación desagradable. De alguna manera le parecían como una prolongación de los brazos de Geiermeier y Schnuppermaul.

Pero no sucedió nada y Anton alcanzó sano y salvo la capilla. Desde allí no podía ver el pozo, pero aquello le parecía perfectamente.

Se apoyó con la espalda en la capilla y, así, se quedó parado por primera vez escuchando atentamente. Al principio no oyó nada.

Pero luego llegó hasta sus oídos un susurro. De pronto percibió un grito sofocado e inmediatamente después se produjo un estampido.

¡A Anton se le había acabado la tranquilidad! Corrió de puntillas hasta un espeso arbusto de boj y tras echar a un lado un par de ramas divisó el viejo pozo. Había tres figuras alrededor de él: dos pequeñas y una grande y gruesa.

Las dos pequeñas eran Rüdiger y Anna. Anton reconoció la tercera por su voluminosa figura y por sus cabellos amontonados salvajemente. A punto había estado de gritar de espanto: ¡era tía Dorothee!

Sostenía una cuerda en la mano, de la que tiraba con saña.

—Diablos otra vez... ¡Ya se ha vuelto a atascar! —la oyó maldecir Anton.

¿A qué se referiría? ¿A su ataúd?

—No tires tan fuerte, tía Dorothee —contestó una voz clara que Anton reconoció enseguida: era la voz de Anna—. ¡Si no, todavía vas a romper algo!

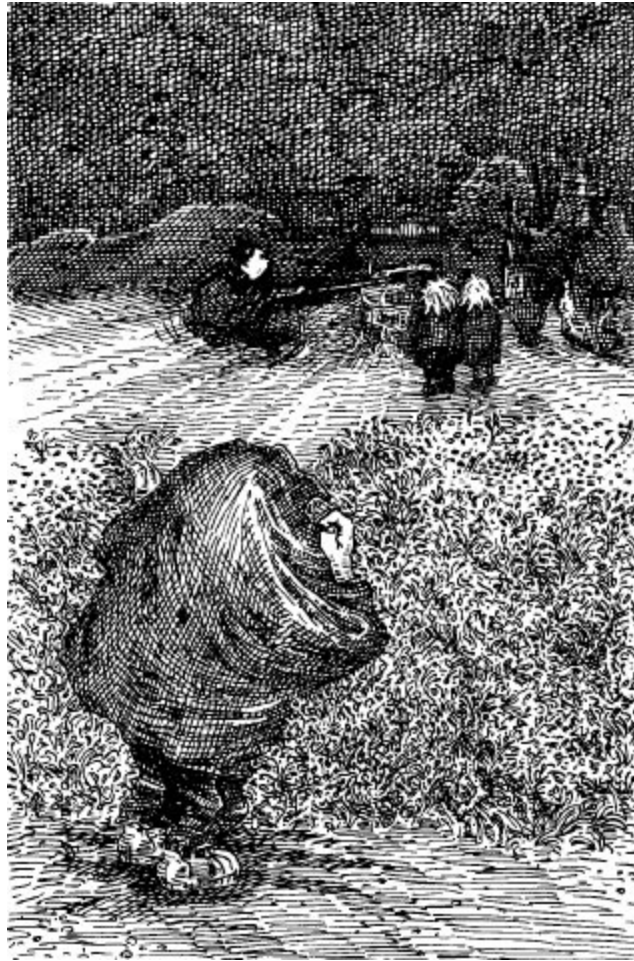
—¡Bah, pamplinas! ¡De traslados entiendo yo más que tú! —repuso de mal genio tía Dorothee tirando con todas sus fuerzas.

Se oyó un chasquido y un crujido, y luego hubo un golpe que hizo temblar la tierra.

—Oh, cielos...

La voz de Anna sonó consternada.

—Ahora se ha roto la cuerda; bueno, ¿y qué? —resopló tía Dorothee—. ¡Pues ahora bajará Rüdiger y la hará un nudo y ya está!



—¿Yo? —gritó el pequeño vampiro.

—¿Quién si no? —le dijo con aspereza tía Dorothee—. ¿No creerás acaso que voy a hacerlo yo?

—No, pero... ¡Anna sí!

Anton jadeó indignado. ¡Qué guarrada!... ¡Mandar a su hermana pequeña!

Pero esta vez a Rüdiger aquello no le dio resultado.

—Eso es lo que tú quisieras —le contestó tía Dorothee con una risa despótica—. Anna todavía tiene que recuperarse. ¿O acaso quieres que le entre tierra en sus ojos malos?

—No..., no —dijo con timidez el vampiro.

—¡Pues entonces, venga, métete en el pozo, tú..., rey de las ranas! —ordenó tía Dorothee.

Sin embargo, aquello no llegaría a ocurrir, pues en aquel momento resonó desde la dirección donde estaba la casa de Geiermeier una tos ronca como un gañido. Realmente aún sonaba bastante lejos, pero bastó para poner a los vampiros en estado de alarma.

—¡Geiermeier! —balbució tía Dorothee llena de odio—. ¡Le voy a arañar! ¡Y no le va a servir de nada todo su ajo!

A Anton le corrió un escalofrío gélido por la espalda. Se caló aún más la capa de vampiro en la frente.

—¿No sería mejor que huyéramos? —preguntó Anna.

—¡No! —aulló tía Dorothee—. ¿Has olvidado que fue Geiermeier quien cegó el pozo? ¡Por su culpa estuve a punto de romperme el cuello!

—Pero eso no está demostrado —objetó Anna.

—Ja, ¿quién iba a haber sido si no? Y además: ¡él tiene la culpa de que tengamos que abandonar nuestra cripta!

—¡Deberíamos marcharnos volando!

La voz de Anna sonó apremiante.

—¿Y mi ataúd? ¿Debo abandonarlo acaso aquí, en el pozo..., junto con nuestro tesoro familiar? —Tía Dorothee estaba tan excitada que jadeaba ruidosamente—. ¡Nunca jamás lo haré!

Se volvió a oír la tos..., esta vez ya más cercana.

—¡No os quedéis ahí parados! —puso el grito en el cielo tía Dorothee—. ¡Haced algo!

—¿El qué? —preguntó el pequeño vampiro.

—Despistad a Geiermeier. ¡Vamos, corred ya!

—¿Y tú qué harás? —preguntó Anna.

—¿Yo? Me meteré en mi ataúd y le vigilaré —contestó tía Dorothee casi con ternura.

Anton vio cómo ella desaparecía con sorprendente habilidad dentro del pozo.

Rüdiger y Anna echaron a correr..., exactamente hacia donde estaba Anton. Al parecer aún no habían advertido su presencia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó susurrando Anna.

—¡Yo ya estoy harto! —gruñó el pequeño vampiro—. ¡Y verá ella cómo se las apaña sola!

—¿Y Geiermeier? ¿Quién va a despistarle?

—¡Tía Dorothee! Después de todo es ella quien está ahora escondida en el pozo como la reina de las ranas. Puede tirarle la bola de oro a la cabeza cuando venga... ¡Además, no es mi ataúd el que está atascado!

—¡Lo único que pasa es que tienes miedo!

—¿Miedo? ¡Lo que soy es cauteloso! —dijo el vampiro—. Pero, ¿por qué no le despistas tú?

—No me atrevo..., por mis ojos —repuso Anna.

—¡Lo único que pasa es que no quieres admitir que tienes tanto miedo como yo! Anna la Valiente... ¡No me hagas reír! —El vampiro soltó un graznido sordo—. ¡Anna la Miedosa sería más apropiado!

¡Aquello fue ya demasiado para Anton! Se había propuesto no rechistar siquiera y esperar a ver qué sucedía..., pero que Rüdiger insultara a Anna..., ¡aquello no podía estar viéndolo él sin

inmutarse! Abandonó su escondite latiéndole salvajemente el corazón.

—¡Deja a Anna en paz! —le ordenó a Rüdiger.

El pequeño vampiro estaba tan confundido que se quedó con la boca abierta.

—¿Tú? —dijo Anna, y sus pálidas mejillas se pusieron coloradas.

—¡Yo despistaré a Geiermeier! —declaró Anton, y se asombró de su propio valor.

Pero de repente tuvo la sensación de que podría sobreponerse a todo por Anna.

—¡Rüdiger al parecer es demasiado cobarde!

—¿Cobarde? —El vampiro se rió con arrogancia—. Yo no soy cobarde..., sino más listo que tú.

—¡Ay, Anton, qué bien que quieras hacerlo tú!

La voz de Anna sonó conmovida.

—¡Y además ya tengo una idea de cómo lo voy a hacer! —dijo apresuradamente Anton... Y antes de que ella pudiera ver que él también se estaba poniendo colorado había desaparecido entre los setos.

El rubio simpático

La idea de Anton era esconderse detrás de las máquinas de construcción. De camino hacia la capilla, Geiermeier seguro que pasaría por allí... Y tan pronto como Anton le viera echaría a correr hacia la salida.

¡Si todo resultaba, Geiermeier correría tras él y con ello de momento los vampiros habrían ganado tiempo!

Anton volvió a oír entonces la tos. Sonaba ya muy cerca. Y luego oyó otra cosa: alguien lanzaba improperios.

—¡Tu condenada tos! ¡Aún nos echará todo a perder!

Aquella era la ronca voz de Geiermeier.

—¿Qué puedo hacer si tengo tos? —contestó una voz llorosa; aquella era la de Schnuppermaul.

—¡Puedes hacer mucho! —dijo Geiermeier—. ¡No tienes que lavarte la cabeza todos los días!

—¡Tengo que hacerlo! —repuso Schnuppermaul—. Es que tengo el pelo grasiento... y caspa.

—Caspa también tengo yo —gruñó Geiermeier—. Y a pesar de ello sólo me lavo la cabeza una vez cada cuatro semanas.

—¡Liiih! —gritó Schnuppermaul.

—¡Maldita sea! ¡No chilles tanto! —siseó Geiermeier.

—Además, tú tienes la culpa de mi tos —se quejó Schnuppermaul—. Siempre me echas al cementerio con el cabello húmedo.

—Porque ésa es tu profesión —repuso con rudeza Geiermeier—. ¡Al fin y al cabo tú eres jardinero de cementerio... y no un peluquero!

—Hay que ver cómo me hablas... —se quejó Schnuppermaul—. ¡Yo no te he hecho nada!

—¡Chiss...! ¡Maldita sea otra vez! —puso el grito en el cielo Geiermeier.

—Bueno, entonces no volveré a decir nada más —contestó ofendido Schnuppermaul.

Después todo quedó realmente en silencio..., a excepción del ruido de sus pasos, que se aproximaban a la excavadora, detrás de la cual Anton esperaba temblando a que ambos aparecieran.

¡Nada era peor que aquella espera! Y para colmo el crujido de los pasos sobre el camino de gravilla... Finalmente surgieron al otro lado de la excavadora: el pequeño Geiermeier y el largo Schnuppermaul.

—¡Ven, vamos a ver si pasa algo con las máquinas! —ordenó Geiermeier.

—¿Qué va a pasar? —rechazó Schnuppermaul.

—Quizá hayan estado hurgando en ellas los niños —dio por respuesta Geiermeier—. ¡Acuérdate del muchacho que pillamos hace poco con las manos en la masa!

—¿Aquel rubio simpático? —preguntó Schnuppermaul.

—¿Simpático? —bufó Geiermeier—. Era uno de esos bribones cuyos padres descuidan de forma imperdonable sus obligaciones tutelares. ¡A padres como esos había que encerrarlos junto con sus descastados hijos!

Anton resopló por la nariz indignadísimo. ¡Se alegraría de veras de que Geiermeier, el viejo asqueroso, cayera en manos de tía Dorothee!

Sólo que por desgracia Geiermeier apestaba a ajo a diez pasos de distancia. Anton podía ahora ya incluso percibir aquel penetrante olor que ponía malo, ¡y Geiermeier estaba a más de diez pasos de él!

—¿No habías dicho que íbamos a perseguir vampiros? —preguntó descontento Schnuppermaul.

—¡Después! —Contestó Geiermeier—. Primero tenemos que controlar las máquinas. ¿O acaso quieres que el conductor de la excavadora y su compañero tengan mañana que volver a marcharse sin haber conseguido nada?

—No —gruñó Schnuppermaul.

—¡Pues entonces! ¡Tú examina el bulldozer que yo cogeré la excavadora!

Aquella fue la palabra clave para Anton. Se agazapó entre las ruedas y esperó a que Geiermeier se hubiera montado en la excavadora.

Entonces saltó hacia fuera y lanzó un grito..., tan fuerte y tan estridente que le retumbaron los oídos. Además agitó arriba y abajo la capa de vampiro para no dejar duda alguna de que él era también realmente un vampiro.

Geiermeier y Schnuppermaul parecieron caer en la trampa. Le miraban fijamente como si fuera un espíritu.

—¡Un vampiro! —gritó Geiermeier, y tan rápido como le fue posible con sus cortas y gruesas piernas volvió a bajarse de la excavadora.

Anton le dejó acercarse hasta unos pocos pasos de él... y luego echó a correr metiéndose por el oscuro camino que suponía llevaba hacia la salida. Oyó cómo Geiermeier exclamaba:

—¡Venga, vamos a rodearle!

—¿Rodearle? ¿Y cómo? —preguntó por toda respuesta Schnuppermaul.

—¡Idiota! —siseó Geiermeier—. ¡Tú le rodeas por la derecha y yo por la izquierda!

—¿Vas a dejarme solo? —gritó Schnuppermaul—. Y si me atrapa el vampiro, ¿qué?

—¡Vete al diablo! —Le imprecó Geiermeier—. ¡Corre entonces detrás de mí si estás cagado de miedo!

Ahora el camino se bifurcaba. Anton se detuvo y se volvió hacia sus perseguidores.

Se acercaban jadeando y oyó cómo Geiermeier exclamaba con voz triunfal:

—¡Ya casi lo tenemos!

Pero había cantado victoria demasiado pronto. Anton esperó hasta que casi le alcanzaron..., luego desapareció en el camino que salía a la derecha. Era sólo una vereda y Anton no sabía dónde acabaría. Pero esperaba que condujera muy lejos del viejo pozo. Oyó cómo Geiermeier soltaba un grito alegre y sorprendido.

—¡Está corriendo hacia nuestra casa! —le gritó a Schnuppermaul.

A Anton se le paró la sangre en las venas. ¿Hacia la casa de Geiermeier? Estaba inmediatamente al lado del nuevo muro blanco del cementerio y Anton podía acordarse de que el muro allí tenía por lo menos metro y medio de altura y que no tenía hendiduras ni resaltes que le

podieran ayudar a saltarlo...

Ahora ya no se sentía como un reclamo, sino como un ratón en una ratonera... ¡Hasta que de repente se dio cuenta de que llevaba puesta la capa de vampiro!

Anton corrió más deprisa para hacer mayor su impulso. Luego extendió los brazos por debajo de la capa y sintió con salvaje alegría cómo sus pies se despegaban del suelo. Dio un par de brazadas fuertes... ¡y voló!

Una sensación de tremendo alivio recorrió su cuerpo.

¡Ahora Geiermeier y Scfanuppermaul ya podían correr tanto como los bomberos, que no le atraparían!

Voló por encima del muro blanco del cementerio y siguió hasta el patio de recreo que había delante de su casa. Allí aterrizó detrás de un matorral y se quitó la capa de vampiro.

De repente alguien le tocó en la espalda. Anton se volvió sobresaltado... y vio el rostro de Anna.

La prenda

Parecía haberse producido un cambio en ella. Su mirada descansaba sobre él seria y reflexiva.

—¿Ha ido algo mal? —preguntó preocupado Anton.

Ella sacudió ligeramente la cabeza.

—No. Tía Dorothee y Rüdiger ya están de camino hacia el Valle de la Amargura... y yo debo volar tras ellos enseguida —añadió en voz baja—. Ya sólo tengo que mirar en la cripta a ver si nos hemos olvidado algo.

Entonces Anton comprendió qué era lo que le pasaba a ella.

A él de repente se le había quedado la garganta como estrangulada.

¿Era aquello... la despedida para siempre?

—Nos has ayudado mucho —dijo suavemente ella—. ¡Gracias!

—Bah, lo he hecho a gusto —rechazo el.

Ella le miró con absoluta ternura.

—¿No quieres venir?

—¿Irme? —Anton se apartó de ella extrañado—. ¡No!

Anna bajó los ojos.

—No debería uno desear nunca nada —dijo con voz apenas audible—. Así luego no tiene que llevarse uno la decepción.

—¡Anna! —Estaba allí tan triste y perdida que a Anton le apenaba haberse mostrado reservado con ella—. No quería hacerte daño, de verdad que no. Yo..., ¿sabes?..., es que no quiero convertirme en vampiro, eso es todo... Pero yo te sigo queriendo —añadió apocado.

—Yo a ti también —dijo Anna, y cuando ella le miró ahora la tristeza había desaparecido de sus ojos.

—Y volveremos a vernos..., ¡pronto!

Con una sonrisa que iluminó su cara de dentro a fuera señaló la capa de vampiro que Anton aún tenía en la mano.

—¡Esta se queda contigo! —declaró ella con voz firme—. Como prenda..., ¡de que no nos perderemos el uno al otro!

Luego se dio la vuelta, y antes de que Anton pudiera decir algo se la había tragado la oscuridad.

Como prenda... Casi con devoción Anton acarició la vasta tela llena de desgarrones y agujeros.

De repente la capa había cobrado para él un significado completamente diferente: ya no era una capa de vampiro cualquiera...

Ahora era como una parte de Anna; y, naturalmente, también de Rüdiger.

Suspirando Anton pensó en los dos vampiros y en su Tour del Ataúd. ¡Ojalá todo saliera bien!

Con tanto cuidado como si la capa fuera algo muy valioso y quebradizo la dobló y la metió

debajo de su jersey.



Al hacerlo comprobó asombrado que el olor a moho ya no le molestaba en absoluto. Al contrario: le recordaba a Anna y a Rüdiger.

¡Aquella noche la capa se quedaría debajo de su almohada!

Lentamente y sumergido en pensamientos Anton fue hacia su casa. Todo le parecía de repente tan irreal...: la escalera bien iluminada, el ascensor, incluso la puerta de su propia casa.

Anton respiró profundamente... y luego apretó el botón del timbre.



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] Literalmente «dosig» significa «soñoliento-a»; en sentido figurado puede significar también «bobo-a», «estúpido-a», «imbécil», etc. (N. del T.) <<

[2] Literalmente «Schwartenfeger» significa «limpia-chicharrones». (N. del T.) <<